

El Ruedo



5
PTS

JAAVEDRA

JUAN CUERVO PAZO

≡ Matador de novillos ≡

EN Badajoz, el 25 de junio de 1827, vió la luz este modesto lidiador, a cuya memoria vamos a dedicar un breve estudio, que bien lo merece quien a mantener la Fiesta dedicó todos sus entusiasmos, recorriendo con mejor voluntad que fortuna toda la gama del arte, desde torilero a matador de toros, y viceversa.

Dedicase en su juventud a diversas actividades, y ya un tanto madurito, surgió en él la vocación taurina, ensayando sus aptitudes en faenas de campo y luego en las capeas de los pueblos extremeños.

Aprendió a manejar el capote y a banderillar viendo cómo lo efectuaban los toreros que a dichas fiestas concurrían. No recibió directamente lección alguna de la gente del oficio, y su total carencia de arte la suplía con una afición y un valor verdaderamente admirables.

Cuando se creyó en condiciones para ello organizó una cuadrilla, compuesta de muchachos aprendices y algún viejo moruchero, y al frente de este humilde personal recorrió las Plazas de su región, en las que por módicos honorarios dirigía la capea y estoqueaba el toro de muerte, que solía ser un bueyancón muchas veces toreado.

Dadas las condiciones de las reses que lidiaba y su carencia de táuricos conocimientos, las cogidas eran frecuentes, teniendo la suerte de que no fuesen de gravedad.

Luego que terminaba la temporada de toros, licenciaba sus huestes y trabajaba en lo que se le terciase, comerciando con los habitantes portugueses de la frontera, y a esperar la próxima campaña.

Juan Cuervo era bondadoso y campechano que no cabía más. Llegando a ser popularísimo en su región, donde admiraba por su valentía.

Este diestro y su cuadrilla trabajaban en Badajoz el 29 de junio de 1855, corrida famosa por el suceso en ella ocurrido.

Pidieron algunos espectadores que se foguease uno de los toros; generalizóse la petición. y como ésta fuese injusta, negóse el presidente, don Pedro Romo, regidor de aquel Municipio, a conceder tal demanda. Creció el escándalo. arrojáronse al anillo buen número de exaltados, y desobedeciendo a lidiadores y autoridades, prendieron fuego a la Plaza, que por ser toda de madera quedó reducida a cenizas.

Los pobres toreros pagaron culpas que no tenían, pues a más de recibir no pocos golpes al pretender evitar el incendio, vieron que el empresario había huído y no pudieron cobrar el importe de su ajuste.

Se ha escrito que Juan Cuervo presumió de matador de toros desde que *Cúchares* le cedió en Olivenza uno de los bichos lidiados. La referencia no es del todo exacta, porque no hubo cesión de toro alguno. La tal corrida, efectuada justamente a los trece años del suceso de Badajoz, esto es, el 29 de junio de 1868, fué servida por *Cúchares*, que mató los tres primeros toros, y Cuervo, matador del cuarto y último, como medio espada.

Aun cuando el diestro extremeño aceptaba la clase de ganado que se encerrase, no se consideró nunca matador de alternativa. Su deseo era torear, y cuando no podía hacerlo como espada se agregaba como peón o banderillero al espada o matador de novillos que le aceptase.

Como segundo del sevillano José Bringas toreó bastante en su región y algunas Plazas de menor fuste de la baja Andalucía.

Tanta era la afición del pobre Juan Cuervo, que en corridas que no lograba tomar

parte prestábase gustoso para ayudar en el encierro y abrir la puerta de chiqueros.

No se quería dar cuenta de que la edad avanzaba, y el 9 de septiembre de 1883, cuando ya había cumplido los cincuenta y seis de su edad, ajustóse para estoquear en Aiburquerque (Badajoz) dos moruchos de don Escolástico Rubio, de Herrera del Duque.

Este ganado, viejo, grande y poderoso, ya placeado, no afligió al veterano lidiador. Mató con valentía el primero, y al dar un pase natural a su segundo sufrió una colada. Sus escasas facultades no le permitieron salir del embroque, resultando cogido y lanzado al espacio, siendo conducido a la enfermería conmocionado.

Se le trasladó a Badajoz, ingresando en el hospital, donde pasó unos días bien, agravándose más tarde, en vista de lo cual se le intimó si quería recibir los auxilios espirituales. Tuvo el capricho de que fuese el señor obispo quien se los administrase, y enterado de ello su ilustrísima el señor don Francisco Ramírez Vázquez, prelado de la diócesis, apresuróse gustoso a satisfacer el deseo del humilde novillero, que entregó su alma al Redentor el día 24 de septiembre de dicho año 1883.

Este fué el paso por el arte de un modestísimo diestro, valiente y animoso, que su cambió en el ejercicio de una profesión a la que le llevaron su cariño y su entusiasmo.

Aun cuando no sea por otros méritos, bien merece el recuerdo en esta página dedicado.

Aprovechando el espacio que en la página nos deja libre la breve biografía anterior, vamos a dirigir un ruego a los lectores interesados por los estudios históricos, ruego hecho ya en alguna otra oportunidad.

En trabajos de esta índole es sumamente fácil que se deslicen errores, por mucho esmero y cuidado que se tengan al preparar las cuartillas. Plumas muy superiores a la nuestra han incurrido en ellos, y como no tenemos la soberbia de pretender que nuestros escritos sean perfectos e invulnerables, el lector curioso y erudito que encuentre en ellos algún dato, alguna afirmación equivocada, nos hará señalada merced indicándonoslo, y una vez comprobado el error, rectificarlo, para mayor claridad y verdad histórica.

Quien tal hiciere puede tener la certeza de que, antes que molestia, por mal entendido amor propio, hallará en nosotros gratitud por su gestión, ya que con ello revelará el interés que le inspiran nuestros pobres trabajos y su cariño por la historia de la Fiesta.

Por nuestra parte, procuramos predicar con el ejemplo, saliendo al paso de noticias inciertas cuando las vemos en publicaciones antiguas o modernas, garantizando que no lo realizamos por actuar de dómine, lo que está totalmente en oposición a nuestro humilde modo de ser, ni mucho menos por restar fama y nombradía a los tratadistas pasados y presentes, ya que a todos admiramos y de todos podemos recibir lecciones.

RECORTES

SUCEDIO...

La revista que el hombre debe regalar a la mujer



Francisco Arjona, «Cúchares»

Lea usted
todos los martes

MARCA LA MEJOR
REVISTA
DEPORTIVA

El Ruedo

SEMANARIO GRAFICO DE LOS TOROS
Fundado por MANUEL FERNANDEZ-CUESTA
Dirección y Redacción: Hermosilla, 75-Teléfs. 256165-256164
Administración: Barquillo, 13
Año XIII-Madrid, 5 de enero de 1956-N.º 602



Actualidad de un gran costumbrista

"EL SOLITARIO" Y LOS TOROS

LA nueva publicación de las obras del gran costumbrista Serafín Estébanez Calderón, «el Solitario», registrada en el mes postrero del año que nos acaba de dejar, resucita en los aficionados a la historia taurina gratísimos ecos. Estébanez fue de los que primeramente subrayaron la importancia del toreo como espectáculo nacional, y es clásico ya al respecto su magnífico cuadro o ensayo titulado «Toros y ejercicios de la jineta», que forma parte de las deliciosas «Escenas andaluzas». Pariente y protector de Cánovas del Castillo, mereció Estébanez que el estadista de la Restauración le dedicase esa singular obra cuyo nombre es «El Solitario y su tiempo».

Una aguda pluma crítica escribió recientemente que «la fiesta de los toros es uno de los asuntos que han dejado su huella en las distintas épocas, como interpretaciones adecuadas a cada momento artístico». Y a cada momento literario, añadimos nosotros. Maestro en condensar estos momentos fue el costumbrista que nos ocupa. La primicia exaltadora del toreo moderno —lo que un día llamamos aurora del toreo a pie— se debe al malagueño Estébanez. ¡Con qué relieve nos pinta la incomparable figura de Pedro Romero! ¡Qué vigor, verdad y colorido al recoger la inmediata resonancia del olímpico toreador! Decimos inmediata porque el autor nació en el mismo año que se retiró de los toros el Aquiles de Ronda, en 1799. He aquí las palabras de «El Solitario»: «Pedro Romero bajó al sepulcro después de haber lucido su gala en toda España, habiendo hecho morder la tierra a cinco mil toros sin haber sufrido una cogida y sin sacarle una gota de sangre. Su alta estatura le hacía dominar la fiera; el buen corte de su persona le daba presteza de una parte y exactitud maravillosa para todos sus movimientos. La fuerza que mandaba en sus jarretes le hacía siempre mejorarse sobre el toro, y con el poder de su muñeca remataba instantáneamente al toro más pujante en cuanto la punta de la espada tomaba cebo en el cervigullo. Si a esto se añade ánimo y corazón a toda prueba, que no le dejaba conturbarse en medio del trance más peligroso, y arte y habilidad inagotables, que le sugerían recursos en los mayores apuros, se tendrá idea de lo que fue aquel dechado y modelo del circo español.»

Y antes de hacernos tan cumplido panegírico del coloso rondeño, escribe el ilustre Estébanez estas significativas, españolísimas palabras: «Los toros, ya se les considere como espectáculos circenses, ya se les mire como recuer-



ILUSTRACIONES
Serafín Estébanez Calderón, «El Solitario», cuya pluma de fino costumbrista escribió singulares páginas sobre toros

dos caballerescos de la Edad Media, ora se les califique con filosófica imparcialidad, ora se les alabe y encomie con vanagloria nacional, como muestra del esfuerzo y bizarria española, merecen siempre del escritor público toda aquella atención que sobre sí llaman los hechos constantes y de forzosa repetición, que nunca se desmienten, y que sufren y saben resistir el transcurso de los siglos y, lo que es más admirable todavía, el trueque de las ideas y la revolución de los Estados.»

Después apunta el protector de Cánovas preciados hechos históricos de la fiesta y su evolución, como cuando dice: «Costillares inventó la suerte del volapié. Juan Conde introdujo —y en ella nadie lo ha igualado— la del toro corrido. Cándido, dejando el calzón y justillo de ante como traje de poco galán y de poca bizarria, introdujo el vestido de seda y el boato de los caireles y argentería.

El Licenciado de Falces, con mil juguetes y suertes que ejecutaba, fue el primero que puso las banderillas de dos en dos, ejecutando la linda suerte de clavarlas al cuarteo. En la gente de a caballo se dejaron ver hombres gigantes, por su poderío y fortaleza para rendir a un toro, así como nómadas o centauros para dominar y castigar al caballo. Los Marchantes, Gamero, Toro, Varo, Gómez, Juanijón, Núñez y el caballero don José Daza se hicieron émulos, en cuanto a castigar el caballo y rendir al toro, de las gentilezas de los antiguos Ramírez de Haro, Rojas, Aguilares, Andrades, Vargas Machucas,

Pedro Romero Martínez, el genial torero de Ronda, de quien hizo el primer panegírico Serafín Estébanez Calderón en sus «Escenas andaluzas»

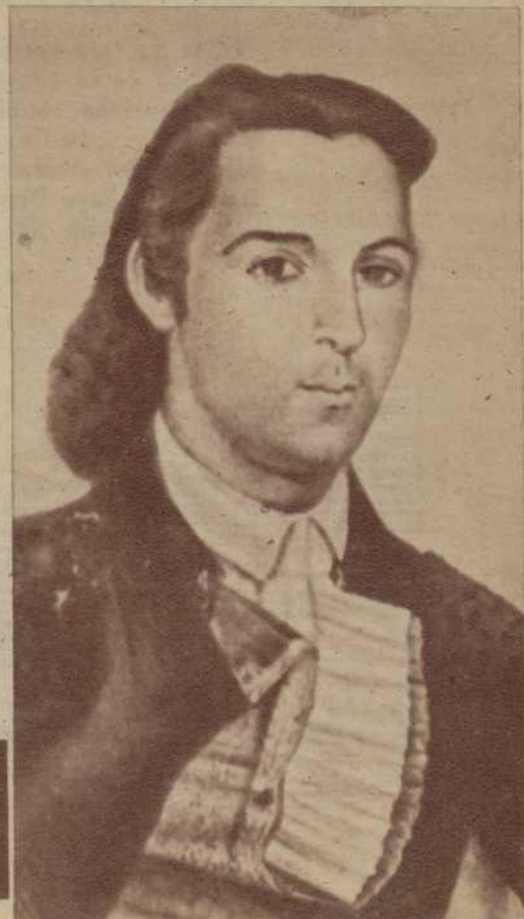
condes de Puñonrostro y cien otros famosos por la agilidad de su lanza, sus bazarrias de a caballo y sus primores con el toro.»

Más adelante empieza Estébanez a cerrar su cuadro taurino con la revelación del llamado «Napoleón de los toreros», a la que une comentarios muy destacables: «El arte tauromáquico, que comenzó a descender desde la muerte de Delgado (alias «Hillo»), y porque la guerra de la Independencia dió empleo glorioso a cuanta gente con ánimo y brío se encontraba en el país, volvió a resucitar con las lecciones de Romero en Sevilla y el ejemplo de Montes (alias «Paquiro»). La afición, que estaba adormecida, volvió a despertar con mayor fuerza... No es éste lugar a propósito para detenerse a defender el espectáculo nacional de las acusaciones e inventivas extranjeras. En este punto son ellas tan apasionadas, tan injustas y tan palpitantes de ojeriza y envidia cuanto son odiosas y miserables las acusaciones que de otro género nos hacen.»

El que así escribía de las fiestas de toros merece ser tenido en consideración y recuerdo de los aficionados de entraña, los que saben ver y añorar, los que no se resignan a las adulteraciones ni a los sucedáneos.

Serafín Estébanez Calderón, «el Solitario», resume en sí todo un tiempo de venturas y de espléndidos augurios para el espectáculo bravo porque supo alipreciar no sólo su fondo, sino un ambiente que le circundaba como anillo de majeza. Broche que sobre el pecho español fulgía con valerosos destellos. ¡Qué encanto releer estas páginas de Estébanez!

JOSE VEGA



ESTAMPAS de la FIESTA

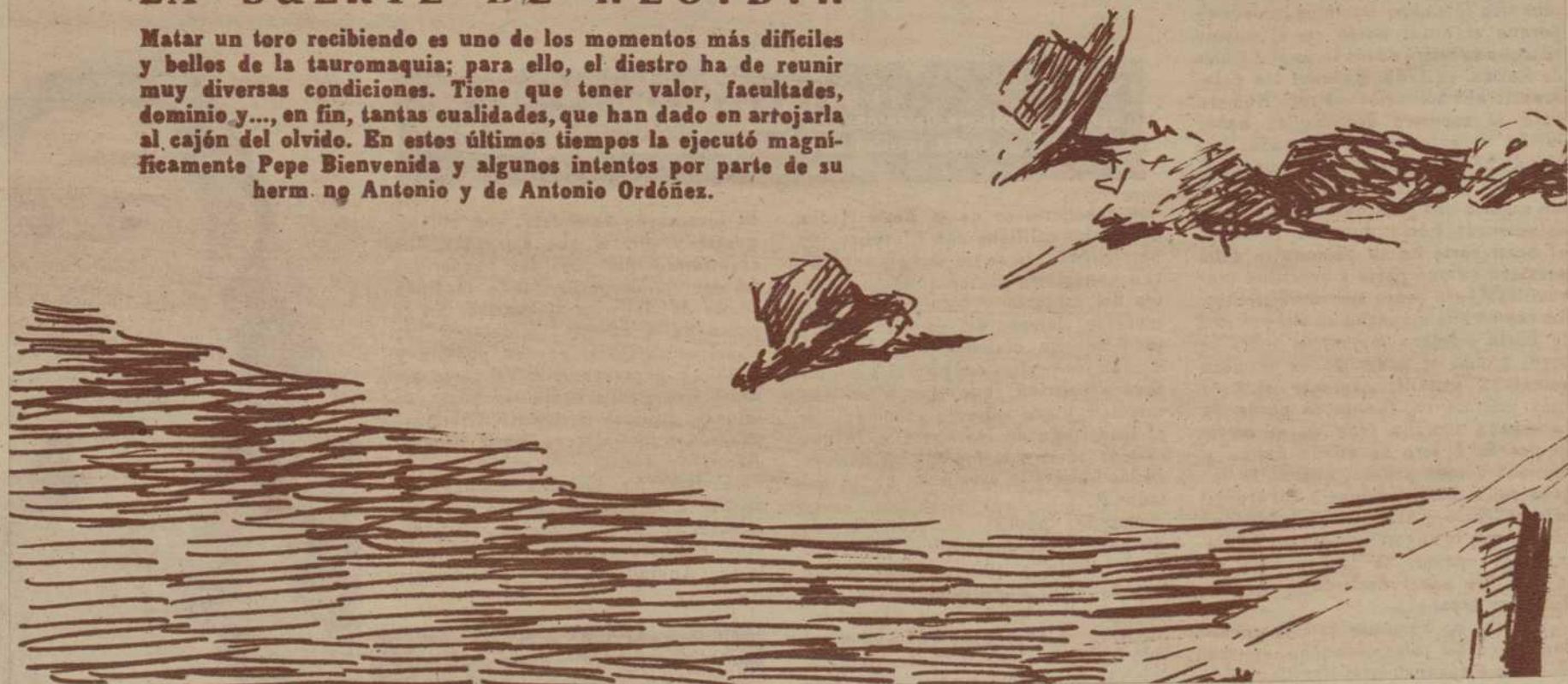
SUERTE OLVIDADAS

Por Antonio Casero



LA SUERTE DE RECIBIR

Matar un toro recibiendo es uno de los momentos más difíciles y bellos de la tauromaquia; para ello, el diestro ha de reunir muy diversas condiciones. Tiene que tener valor, facultades, dominio y..., en fin, tantas cualidades, que han dado en arrojarse al cajón del olvido. En estos últimos tiempos la ejecutó magníficamente Pepe Bienvenida y algunos intentos por parte de su hermano Antonio y de Antonio Ordóñez.





EL TORO de HOY, MEJOR y MAS BRAVO QUE EL DE AYER

A poco de acabarse la temporada de 1955 apareció en el diario «A B C» un admirable y aleccionador artículo de don Felipe Sassone, bajo el título «Ya está el torito en la Plaza», en el que el ilustre escritor y gran entendido en materia taurina, con la suficiencia y la galanura que le distinguen, después de hacer historia de la evolución experimentada por el toro desde la época de «Guerrita», de exponer que aquél no «pesa» ante el torero ni por el trapío ni por el tamaño, sino por la bravura, la edad y la forma de embestir, robustecía su aseveración con el oportuno comentario de lo ocurrido el 24 de septiembre último en la Plaza de Madrid, donde, por capricho de la suerte, se encontraron y complementaron un torero de excepcional calidad —¿hemos dicho Antonio Bienvenida?— y un toro también extraordinario —«Pastelero» de nombre y marcado con el número 29, para más detalles—, «que no era una mona, ni un elefante, ni el becerro de oro, ni el buey Apis, pero bravo y bien encornado», resultando de tal encuentro —continuaba Sassone— «la lidia más hermosa y brillante, como nunca la vi antes en mi larga vida de aficionados».

Proseguía el maestro describiendo y analizando la meritoria y bellísima faena del torero con aquel bicho alegre, impetuoso, de ardiente sangre y, al mismo tiempo, dócil —que, por su bravura,

celo y agilidad, «pesaba» mucho más que cualquier otro con treinta arrobas de los llamados «pastueños», hasta que el animal cayó, sin puntilla, de una soberbia estocada, limpiamente conseguida en la suerte de recibir. Y terminaba don Felipe el notable artículo afirmando que el toro de ahora «es generalmente más bravo, pero mucho más que el de antes», lo que prometía probar en otro momento.

No tendrá que esforzarse el distinguido escritor para demostrar su afirmación, modestamente compartida por nosotros, ya que la misma obedece a un hecho cierto, comprobado y reconocido por los aficionados y aun por los propios ganaderos.

Pues sí, como estimamos, la bravura consiste en la ardorosa acometividad de la res, en el celo y en la codicia, en el brio y en la dureza al pelear con los caballos, en las reacciones vivas, furiosas y, a veces, violentas, y en el máximo desarrollo de la impulsividad combativa, sazonados aquellos instintos y movimientos ofensivos y defensivos con una gran dosis de nobleza, el toro de ahora, por lo general, es más bravo, más sufrido, más fino, más seleccionado y más toreable que el de hace cuarenta o cincuenta años.

Ahora bien; de algunos lustros a esta parte, existe en determinado sector del público y de la crítica un lamentable confusiónismo, un equivocado con-

cepto sobre la bravura y la docilidad del toro de lidia, concepto muy equidistante de lo que éstas significan. Y, así, se da el caso peregrino de concebir como bravo al animal de premiosa y borreguil arrancada; al que, forzado u obligado, acude al estímulo retador sin coraje ni otro ánimo que el de escapar; al soso, suave y blando; al de más poder que casta; al que va decreciendo durante la lidia, tanto física como «psíquicamente»; al que consiente acercarse a los cuernos dejándose golpear en ellos, etc., etc. Excusado es decir que el toro de dichas y análogas condiciones será ideal para el torero modernista de poco fondo —por no ofrecer el animal dificultad alguna—, y remunerador, para sus criadores, pero no bravo, lo que se llama bravo, sino todo lo contrario.

Podrá decirse de ganaderos que prefieren cultivar en sus vacadas las anteriores características, en una selección a la inversa, por vender los toros a buen precio y ser éstos cómodos o agradables a los diestros. Cierto. Pero esa minoría de criadores terminará convenciendo del error cometido al mermar la bravura de sus reses, o, en otros términos, de aguar el vino puro transformándolo en una bebida floja, sin olor, color ni sabor, cuando —y esto será lo trágico para ellos— el remedio resulte ya tardío e ineficaz.

Al toro actual se le podrá tachar de cualquier defecto —de lidiarse en algunas ocasiones muy joven, de forzar su alimentación para conseguir esos absurdos kilos reglamentarios, que casi siempre le perjudican, de su recortada cabeza, etc.— menos de su falta de bravura.

Los que conocimos a fondo los últimos tiempos de «Bombita» y «Machiquito» y toda la época de «Joselito» y

Belmonte nos creemos con autoridad suficiente, valga la inmodestia, para afirmar que por aquellos años salían los toros con más edad, poderío y apariencia externa que los actuales; pero también —en doble o triple proporción— más bastos, más torpes y pesados, más reservones y... más mansos.

Abundaban las reses que, por no aceptar un mal refilonazo, eran condenadas a fuego; las que con frecuencia huían y saltaban la barrera; las que se aquerenciaban o burcaban su defensa junto a los chiqueros, al lado de algún caballo muerto, en el centro del ruedo o «aculadas» contra las tablas; las que berreaban, escarbaban y embestían con demasiado «sentido» y descompuestas, y las que, bastante menos castigadas que las de ahora, llegaban a la muerte cobardes y aplomadas. Esto es, sin arrancada alegre, franca y larga.

¿Cuántos toros de antaño, después de quedar destrozados y moribundos en la suerte de varas, cuál hoy sucede, hubieran embestido cincuenta o sesenta veces a la muleta, en el mismo terreno, con la rapidez, el celo, la bravura y la nobleza con que lo hacen la mayoría de los de hoy? Debemos reconocer que poquísimos.

Pero si se desea otra prueba palpable de que el toro actual es, en general, más bravo que el de antes, suprimase el peto a los caballos o colóqueseles el reglamentario de quince o dieciséis kilos, en lugar de la coraza arbitrariamente empleada; sitúese al bicho en el tercio ni muy abierto ni muy cerrado, y póngase a la puya un tope prudencial para que castigue y no mate, y veremos si Sassone, nosotros y quienes como nosotros opinan tenemos o no razón.

AREVA

ELLAS TAMBIEN

Aquí, una aficionada de categoría... y con salero: CARMEN SEVILLA



A la popularísima estrella de nuestro cine, una de las figuras españolas de rango internacional, le encantó la idea de hablar de toros, y así de guapa e interesante se puso frente al preguntón

De un tiempo a esta parte, las mujeres ocupan casi el 50 por 100 de los aforos de las plazas de toros. Siempre fué la mujer la pincelada alegre y graciosa en el espectáculo más español y un estímulo para el torero; una hembra de ojos negros con mantilla blanca y claveles rojos inspiró a los mejores pintores de la Fiesta. Era cuando a los pies del héroe caían cigarros puros y botas de vino. La profusión de ramos de flores que hoy se arrojan al paso del torero en la vuelta triunfal es la señal más elocuente de la influencia de las mujeres en la fiesta de los toros. Y como ellas se han impuesto decididamente por presencia y potencia, abramos en su honor una ventana en este RUEDO para conocer su opinión. Concedámosla, pues, la «alternativa».

La primera que llega es una mujer guapa, cuya belleza simboliza como ninguna a la mujer española: Carmen Sevilla. Aficionada de categoría... y con salero.

—¿Hablamos de toros, Carmen?

—Encantada, mi «arma».

—¿La primera corrida que vieron esos ojazos?

—En Sevilla. Me acuerdo que aquella tarde torearon Pepe Luis Vázquez y Luis Miguel. Me llevó un tío mío, gran aficionado, que muchas veces fué presidente.

—¿Siempre fuiste aficionada?

—Desde nada más «nasé», porque mi padrino es el hoy director del A E C de Sevilla, que era crítico de toros.

—¿Vas ahora a todas las corridas?

—Voy cuando se trata de corridas de «troníos».

—¿Sufres o gozas en los toros?

—Sufro mucho. Y discuto con los espectadores de al «lao», porque a veces son crueles con los toreros. Y cuando se trata de toreros que conozco o que por ellos fui a la Plaza, los defiendo a capa y espada.

—Muy propio. ¿Te han llevado muchos toreros a la Plaza?

—Dos o tres. He ido por Luis Miguel, Julio Aparicio, Bienvenida. «Chamaco»... ¿Te digo ahora mi gran pena?

—Dila, dila...

—Pues mi pena es que no vi torear a «Manolete». Por eso siempre he

A lo largo de la conversación taurina, Carmen Sevilla se metió tanto en su tuación, que al final no pudo por menos de coger el primer trazo a su alcance para que el fotógrafo la inmortalizase en ese lance a un toro imaginario, claro, pero que demuestra que tiene garbo, salero... y lo que hay que tener (Fotos Martín)



IN A LOS TOROS

«DE HABER SIDO HOMBRE, YO HUBIERA SIDO UN TORERO MUY «GRASIOSIYO»»

—¿Crees, como dicen, que desde que van tantas mujeres a los toros la Fiesta va para abajo?

—¡Eso no lo ha podido decir nadie más que un "chalao"!

tenido mucha curiosidad por conocer su tere y me ha atraído la cosa personal suya, porque creo que era un hombre ejemplar.

—¿Qué clase de tere te gusta?

—El tere alegre. Pepe Luis Vázquez, cuando ha querido terear.

—De los que terean hoy?

—Julio Aparicio, por su maestría y arte; Antonio Bienvenida, por su escuela y ese don que Dios le ha «dao», y «Chamaco», a quien espero con mucho interés como matador de toros. Pero si vuelve Luis Miguel, lo veré siempre que pueda.

—¿Qué has visto en «Chamaco»?

—Una cosa muy extraña dentro de

su ser. Parece que lleva algo dentro que embruja; tiene imán para los públicos: atrae esa cosa agitanada, tristoná, que tiene.

—¿Cómo ves la Fiesta, Carmen?

—Desde luego, la fiesta de los toros es inmortal. Yo no creo eso que dicen cada año que la Fiesta está en decadencia y que cada día hay menos afición. Eso es un cuento.

—¿Exiges a los toreros como buena aficionada?

—No, porque me doy cuenta del riesgo que corren; ignoramos el drama que a un torero puede llevarle a jugarse la vida frente a un toro. Por eso en las novilladas es cuando más



me ha preguntado que de haber sido hombre qué me hubiera gustado ser, siempre he respondido que torero. Si; yo hubiera sido un torero muy «grasiosio».

—¿Te gustaría casarte con un torero?

—No, porque se sufre mucho.

—¿Has arrojado al redondel ramos de flores?

—No. Las flores que me las echen a mí. Y los puros, para ellos.

—¿Pides la oreja?

—Yo pido hasta el «apéndice». Y hasta un kilo de carne para que se lo coma muy a gusto algo del toro el que le mató.

—¿Qué haces ahora, Carmen?

—Operarme estos días de «apéndice», pero ese «apéndice» no se lo doy a nadie, aunque lo pidan.

—¿Después del apéndice?

—Descanso. Iré un mes a París para ver si termino de una vez de aprender el francés. Inmediatamente después, una película en Egipto con los italianos, que producirá Perojo.

—¿Cuántas llevas ya?

—Como me gusta mucho el número siete, me he plantado en diecisiete. Creo que va alguna más ya.

—¿Qué galán te hizo mejor el amor en la pantalla?

—¡Vaya preguntita! Recuerdo que en *La revoltosa* hicimos una buena escena Tony Leblanc y yo. Y en *La fierecilla domada*, con Alberto Closas, también hay un momento muy



LIBROS DE TEMAS ESPAÑOLES

Ptas.	Ptas.
«ESPAÑA Y EL MUNDO ARABE» Por Rodolfo Gil Benumeya. 45	«EL GENERAL PRIMO DE RIVERA» Por César González Ruano. 35
«NOTAS SOBRE POLÍTICA ECONOMICA ESPAÑOLA» (Con la colaboración de varios economistas del Movimiento) ... 60	«RELACIONES EXTERIORES DE ESPAÑA» (Problemas de la presencia española en el mundo), por José M. Cordero Torres ... 80
«PERSONA HUMANA Y SOCIEDAD» Por Adolfo Muñoz Alonso. 32	«CONTRA LA ANTIESPAÑA» Por Tomás Borrás ... 35
«LA RUSIA QUE CONOCI» Por Angel Ruiz Ayúcar ... 25	«LA ESTRELLA Y LA ESTELA» Por Eugenio Montes ... 50
«YO, MUERTO EN RUSIA» (Memorias del alférez Ocaña), por Moisés Puente ... 40	«ANTONIO MAURA, 1907-1909» Por Maximiliano García Venero ... 35
«ESPAÑA EN SUS EPISODIOS NACIONALES» (Ensayos sobre la versión literaria de la Historia), por Gaspar Gómez de la Serna. 45	Pueden hacerse los pedidos a librerías o contra reembolso a EDICIONES DEL MOVIMIENTO, Puerta del Sol, 11. Madrid.

sufro, porque veo que salen los muchachos a jugarse la vida sin tener conocimiento pleno del tere. Hombre, a propósito te voy a decir que el otro día, en una fiesta que dió en su casa el maestro Ortega, me decía que la mujer es un ser de mucha sensibilidad y, como él mira todo con mucha filosofía, aseguraba que la mujer tiene tanta sensibilidad como el toro. A mí me dejó cavilando y preguntándome dónde puede encontrar él la sensibilidad de los toros. En la primera ocasión que tenga le invitaré a que explique bien eso.

—¿Crees, como dicen, que desde que van tantas mujeres a los toros la Fiesta va para abajo?

—¿Quién dice eso?

—Algunos aficionados.

—Eos «aficionados» no entienden. hombre. Pero si lo que realza a la Fiesta son las mujeres con su «presencia»! Eso no lo ha podido decir nadie más que un «chalao».

—Eres valiente en los toros?

—Te voy a decir que en los toros me da pena del torero, del toro y del caballo. Pero cuando algún periodista

fino, muy bonito.

—¿Y fuera del plató?

—Perdona, Santiago, pero esas películas las haría María del Carmen García Galisteo, no Carmen Sevilla.

—¿Qué tiene que reprochar Carmen Sevilla a la Galisteo?

—Nada.

—¿Y la Galisteo a Carmen Sevilla?

—El «geniesillo» y algunos prontos que tiene. Pero no duran más que tres minutos.

—¿De quién estás más satisfecha, de Carmen Sevilla o de María del Carmen García Galisteo?

—De María del Carmen.

—¿La más feliz?

—Carmen Sevilla.

—¿La más inteligente?

—Me parece que María del Carmen. El haberse sabido sacrificar ésta ha hecho posible el triunfo de la otra.

—¿Cuál de las dos quedará?

—Para todos, Carmen Sevilla; pero para una persona, la que me destine Dios, y que para mí representará, como todos, María del Carmen.

—¡Ole!...

SANTIAGO CORDOBA

«Frascuero» y sus estocadas

MI iniciación taurina fué muy precoz.

Antes de tener uso de razón ya iba a los toros. Séame permitido ponerme por ejemplo. A pesar de que mis cándidos ojos se acostumbraron a la indudable crueldad de la Fiesta, entonces mucho mayor que la de hoy, he sido un hombre de lo más pacífico que pueda darse. Esa crueldad para nada influyó en mi carácter en embrión. Soy, pues, un modesto mentís al argumento, tan empleado, de que los toros endurecen peligrosamente el ánimo de los espectadores, predisponiéndolos a la inhumana violencia. De mi prehistoria taurina sólo recuerdo la localidad donde me llevaban, primero mi abuelo y luego mi padre, un palco de sol, provisto de un toldo que lo convertía en una especie de oasis de la solanera. Estos palcos, más tarde, se transformaron en andanadas. Y ya mocito, una andanada, la cuarta, fué el aula donde recibí las lecciones de mi maestro en tauromaquia. Porque pude permitirme el lujo de ver los toros con un mentor al lado.

Ya he dicho en otro artículo que este mentor era un frascuelista rabioso. Pues bien, este frascuelista decía muy a menudo. «¿Ustedes quieren saber cómo mataba «Frascuero»? No tienen más que fijarse en Vicente Pastor. Algunas de sus estocadas son exactas a las de Salvador.» Y yo abría mucho la mirada del entendimiento para percatarme a fondo. Vamos a dejarnos de frases hechas. Nada de la suerte suprema, de la hora de la verdad, del momento cumbre, etc., etc. Convergamos, simplemente, en que la suerte de matar es de una belleza que subyuga.

Con esta opinión no están muy conformes los aficionados de hoy, para los cuales la estocada no es más que el complemento obligado de los cuatro o cinco pases que, repetidos cuarenta o cincuenta veces, constituyen la enteca base del toro actual. Estoy convencido de que «Frascuero» en esta época hubiera tomado la alternativa a duras penas y no hubiera tenido más que seis o siete partidarios. En cambio, «Lagartijo», a lo mejor, hubiera inventado una «lagartijina» y se hubiera hecho de oro, que es a lo que estamos.

La transformación del matador en torero se produjo muy lentamente. «Lagartijo» y los lagartijistas contribuyeron mucho a ella. Rafael no podía competir con Salvador en el terreno de la estocada, y los lagartijistas, inconsciente o conscientemente, empezaron a menospreciarla y a fijarse en otros aspectos de la lidia, elevándolos de categoría, seguros de que «Frascuero» no podía aspirar a equipararse a su ídolo practicando las otras suertes del toro, hasta entonces consideradas como secundarias o preparatorias.

Pero «Frascuero» no fué sólo un gran matador. Fué también un gran torero. Para matar con arreglo al arte un toro es preciso haberlo dominado. Y para dominarlo es necesario torarlo. Estas no son peregrinadas. Estas son habas contadas. Lo que sucede es que hoy las habas no se cuentan ni los toros se matan. Se les caza con habilidad, que no es lo mismo. Las faenas de «Frascuero» debieron tener grandiosidad. La grandiosidad de lo trágico. Nada de florituras. Nada de efectismos. Me figuro una faena frascuelina como la acción de un drama carente de escenas episódicas conducido sin concesiones a la retórica, derecha, rectilínea al desenlace, pero mostrándonos a lo vivo las pasiones, enfrentándolas con valentía para que de su choque surja la intensidad dramática. Y esto, en la vida, en el teatro y en los toros, siempre apasiona. En los toros, además, enardece. «Frascuero» ponía a la gente en pie. La gente, en los toros, suele ponerse en pie con bastante facilidad y frecuencia; pero la mayor parte de las veces, en cuanto se levanta, se oyen voces de «¡Sentarse, que se ve lo mismo!» «¡Sentarse, que cuesta igual!», sin que falte jamás la



Salvador Sánchez, «Frascuero». Caricatura de Perea

ingeniosidad del gracioso desgraciado, que reclama: «¡Sentarse, que no se oye!» Pero hay momentos en que la gente está en pie y nadie lo repara, nadie chillá ¡sentarse!, y es porque se encuentra o muda de asombro, o de emoción, o frenética de entusiasmo. Y entonces, primero nace el estupor, y luego, el frenesí. El frenesí, en el caso de «Frascuero», culminaría en la estocada. He comparado antes una faena con un drama teatral. En el teatro preside siempre lo convencional. El desenlace nunca es tal desenlace más que parcialmente. En los toros es total, rotundo, definitivo. El toro muere fulminado. La tragedia ha terminado. Momentos después comienza otra, pero ya distinta. Y este final, cuando está conseguido plenamente, es algo incomparable. Y, por ello, «Frascuero» podía competir con «Lagartijo» y ganarle la pelea en multitud de tardes.

«Frascuero» se mantiene durante toda su vida torera en la misma línea. Y éste es su enorme mérito, porque esa línea no era fácil de seguir, porque era la del heroísmo, la del valor suicida, la de la entrega sin tapujos. No contaban para él las cornadas. No las buscaba, pero tampoco las rehuía. No se deja llevar por las innovaciones. No las necesita. Es, a la vez, un clásico y un romántico. Todo héroe participa de esta dualidad. Pero su base es el clasicismo. Cuando se aparta de él o lo olvida, aparece el gesto romántico, la cornada que «Frascuero» acepta como algo fatal.

Me considero un posfrascuelista. «Frascuero» no dejó discípulos. Las escuelas en el toro no están bien definidas, tal vez porque en realidad no existieron como tales, pero, desde luego, el tipo de toreros de la clase de Salvador Sánchez no es el más a propósito para formarlos. Lo que sí puede perdurar es la línea. Y hasta hace poco la frascuelina perduró en los ruedos. Ya es sólo un recuerdo. Ya es sólo historia. Pero en este recuento de antecedentes que me estoy tomando el trabajo —no ignoro que baldío— para aducir testimonios de cómo se ha ido fraguando la transformación de la Fiesta, la figura de «Frascuero» no podía faltar, pese a que en nada contribuyó a ella. Precisamente por esto, por su inmovible posición clásica, fui y soy un posfrascuelista tan rabioso como lo fueron sus contemporáneos. Quizá más porque mi rabia se deriva de no haberlo visto y ver lo de ahora.

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



COMO el mosto en las cubas, fermenta ya la afición a los toros en el odre recién estrenado del año 1956. Las mismas noticias que hace poco apenas tenían olor ni sabor adquieren ahora importancia y cuentan como primeros síntomas de una temporada inminente. Los finales del año pasado fueron aprovechados por matadores de toros y subalternos para celebrar reuniones que bien podríamos llamar preparatorias; los empresarios, ya que no reunidos, trabajan por su cuenta, y los apoderados o representantes de diestros lanzan pequeñas noticias o grandes publicidades y pretenden atraer hacia sobre sus poderdantes o representados el interés de todos. El qué va a pasar está en el pensamiento de todos con las mismas incertidumbres e idénticas ilusiones que en años pasados. Será de esta o de la otra manera, que eso lo dirá el señor Toro, y también el siempre soñado e inesperado fenómeno que acapare la atención general.

Liquidados preceptivamente en el último diciembre todos los compromisos con apoderados y subalternos que no tuvieron acordado especialmente otra cosa, pronto llegarán las noticias de nuevas cuadrillas y nuevos apoderamientos. Esto ya se verá que, poco más o menos, queda igual que estaba. ¿Cómo quedará, sin embargo, la clasificación de matadores de toros y novillos? Cuestión es ésta, al parecer, distinta a años anteriores. Es cierto, aunque no totalmente sabido por los aficionados, que la clasificación en clase especial, primera, etc., se realiza tan sólo a efectos económicos, y conviene recalcarlo. Los subalternos, en sus reuniones de fin de año, encargados por el Grupo Taurino del Sindicato Nacional del Espectáculo, han estudiado detenidamente el asunto para redactar una clasificación de categorías para efectos de sus propios sueldos. Naturalmente que para hacerlo se han atendido al número de corridas toreadas por matadores de toros, novilleros y rejoneadores y a los honorarios —calculados, pues otra cosa no puede hacerse— que percibieron por término medio en la temporada anterior. Podrá ingresar después en una categoría superior cualquier diestro que lo estimare conveniente para sus intereses; pero ello llevará, como siempre, aparejada la obligación de abonar a los subalternos los honorarios legalmente fijados a la clase que él se asignara. Por cierto, que estos honorarios es muy probable que se modifiquen, pues los mismos subalternos estudian la forma de redactar una ponencia en la que se concreten sus aspiraciones en relación con posibles y justas mejoras.

Muy en breve será conocida la clasificación de referencia, así como los honorarios que en cada categoría tendrán que abonar los diestros a sus subalternos. Todo esto es lógico y perfecto; pero lo que ya no parece tan lógico ni tan perfecto, máxime cuando es potestativo de los interesados incluirse en una clase determinada, es que cuando es necesario sustituir en un cartel a un diestro que por cualquier causa legal no pueda actuar, tenga que hacerse la sustitución por otro de la misma categoría del sustituido. Convendría, tal vez, dejar a los empresarios más libre el juego de las sustituciones, pues el estar incluido en una clase no implica precisamente que el diestro sustituto tenga interés para el público, que es precisamente lo que se debe procurar. Resulta indudable, ateniéndose a la experiencia de años anteriores, que algunos matadores de toros se clasifican en una clase superior a la que en realidad les corresponde, pensando en tales sustituciones.

...

Ya hay noticias sobre la primera feria taurina —la de Valdemorillo—, que este año será organizada por el picador Boltanés. Se sabe que Bilbao empezará con una novillada de postín el 1.º de abril. Don Pedro Balaña, el tremendo vanguardista, y retaguardista —pues terminó la última temporada el 4 de diciembre—, comenzará la de 1956 en el próximo febrero. Otras noticias huelen igualmente a fiesta de toros, como la de la nueva Gerencia de la Plaza de la Maestranza, de Sevilla, encomendada a Pepe Belmonte; como la de la Plaza de Linares, adquirida ya totalmen'te por don Bernardino Jiménez, que ha pagado a los herederos de don Enrique Izquierdo más de medio millón de pesetas...

...

Pero lo que más sensación da de que fermenta el mosto son las habladurías —pues de otra forma no pueden llamarse hasta que no se concreten en noticias ciertas—, es la vuelta a los ruedos de algunos diestros «retirados», como Martorell, Manolo González, Pepe Luis Vázquez, Pepín Martín Vázquez...

Estos y otros, junto a las indudables reapariciones de Luis Miguel y «Litri», abren horizontes, en cierto modo nuevos, aunque luego resulte que las reapariciones sólo tienen lugar en América y Francia.





«Machaquito II» se entendió en su vida torera con muchas «catedrales con cuernos»

«Guerrita» le llamó para sustituir «honográficamente» al «Bebé» en el cargo de asesor en la Plaza de Córdoba



«Machaquito II», en traje de luces (Reproducción fotográfica de Ladis)

mi fuerte era el estoque, y mi paisano «Machaquito» era un gran matador, yo usé el apodo de «Machaquito II».

—¿Toreó mucho en su vida profesional?

—Pues me «defendía», sí, señor. Pero mis comienzos fueron de banderillero.

—¿En qué cuadrilla?

—En varias. Pero yo recuerdo ahora mismo que, una vez, actuando a las órdenes de «Bocanegra», toreamos tres corridas en un pueblo de Málaga. Y por las tres me abonó la empresa la cantidad de ¡cinco pesetas! ¿Pues sabe usted lo que hice? Que delante del propio empresario pedí al carnadero veinte cafés, que como valían a real, me importaron el duro justito y sin propina.

—¿Y ya de matador?

—Me toreaba mis veinte o veinticinco festejos al año. Un dato curioso. En la inauguración de la Escuela Taurina de Córdoba, que dirigía el «Bebé Cojo», yo maté un novillo, cuya muerte brindé a Joselito «el Gallo». Fué el 23 de noviembre de 1913.

—¿Toreó usted en todas las capitales de España?

—En casi todas. A Madrid no fui; pero en Vista Alegre y Tetuán sí toreé mucho. También realicé excursiones taurinas a Caracas, Medellín, Italia...

—¿Recuerda algunos nombres de sus compañeros de entonces?

—Muchos. Y a todos puede citárseles como verdaderos «héroes» de la Fiesta. Entonces había que entenderse con verdaderas «catedrales con cuernos». De ello pueden dar fe los que aún viven de esta relación que le cito: «Larita», Bernia, «Manolete II», «Cortijano», «Araujito», «Matapozuelos», «Moni», «Mojino», «Patatero».



Don Enrique Ruiz Martínez en la actualidad (Foto Ladis)

Paco Madrid, «Serranito», Juan Belmonte, «Angelillo», «Torero», «Camará» y tantos otros que yo, de momento, no puedo recordar...

—¿Usted sufrió muchos percances en las Plazas?

—Varios. Tome nota. En Zumaya sufrí una cornada en el muslo izquierdo; en Tomelloso, una cornada en la boca por un toro de Romualdo Jiménez; en Mérida (Madrid), un bicho de don Félix Sanz, de Colmenar, me sacó las tripas; en Cabra, me hirió en la región glútea un toro de Cubero... Más otros puntacillos de menos importancia.

—¿Cuándo se retiró de la profesión?

—En Pozoblanco, el 29 de septiembre de 1926. Toreé cuatro toros del conde de Zapata, alternando con Casañez. Aquella fué una corrida «histórica». Los toros tenían edad «pasada» y trescientos kilos. Unos toreros fueron a la enfermería, otros a la cárcel. El último toro lo maté yo, con el auxilio de un solo peón: Manuel González, «Recalcao», que tampoco volvió a torear más. ¡Un verdadero desastre!

—¿Quiere referir alguna anécdota de su vida taurina?

—Contaré una, por si sirve. Para el 3 de agosto de 1917 estaba anunciado en Trujillo un mano a mano entre «Machaquito II» y «Camará» (José Flores), con seis toros de Albarrán. Otras seis «catedrales». Nos daban cuatrocientas pesetas y gastos por cabeza. «Camará» no creyó prudente torear y cobró los gastos. Yo había toreado el día anterior en Antequera, y la empresa fué a Cáceres a mi encuentro. Yo le dije que por mil pesetas libres mataría los seis toros. Y que a los banderilleros había que pagarlos a ochenta pesetas. Así quedó acordado, y yo estoqueé cinco toros, y el sexto se lo cedí al sobresaliente, «Angelete», de Cáceres. Y ahora viene el desenlace de la anécdota. Pocos días después —el 2 de septiembre— José Flores, «Camará», se presentó en la Plaza de Madrid y obtuvo un triunfo resonante.

—¿Al retirarse se apartó por completo de la Fiesta?

—No. Seguí siendo aficionado. Frequentaba mucho el Club Guerrita. Y un buen día, al caer enfermo «Bebé», que era asesor de la Plaza de Córdoba, el propio Rafael Guerra me dijo que yo tenía que sustituirle, pero con la condición de que los honorarios de asesor debía de enviar la mitad al «Bebé» al hospital. Yo entonces dije que le entregaría la totalidad del sueldo, que era seis duros por corrida de toros y cuatro por novillada. Al morir «Bebé», varios toreros retirados quisieron ocupar el cargo de asesor. Pero «Guerrita» dijo que, puesto que yo lo había desempeñado sin cobrar un céntimo, justo era que se me otorgase en propiedad. Y en él estuve hasta el año de 1938.

Entonces sí que Enrique Ruiz, «Machaquito II», desapareció del mundillo de los profesionales de la Fiesta. No dejó por eso de frecuentar las Plazas de toros, que la afición la conserva aún. Pero negocios bien ajenos al «toro» le ocuparon, se labró una posición económicamente holgada y ya sólo vive de recuerdos, como éstos que acaba de reverdecir en su memoria el reportaje periodístico...



«Machaquito II», en su hogar, desgrana, ante el periodista, recuerdos de su vida... (Foto Ladis)

VINO JEREZANO
FINO JARANA
NOMBRE DE FIESTA
Y BANDERA DE ALEGRIA
EMILIO LUSTAU (JEREZ)

BIBLIOGRAFIA TAURINA

UN INTERESANTE LIBRO FRANCES SOBRE "EL TORO"

Afortunadamente, va extendiéndose la afición al toro. No sólo se siente interés por «los toros», en plural, que es la expresión sintética de la Fiesta. Se ha olvidado por muchos que en ella lo esencial es, precisamente, el toro, sin el cual no habría corrida, ni lidia, ni belleza plástica. El torero es el otro protagonista. Pero, en la conjunción — para la mayoría de las gentes —, absorbe el interés, determina los entusiasmos y provoca las devociones. Dijo un escritor que las plazas deberían denominarse «de toreros» y no «de toros». Un juicio, indudablemente, acertado, por cuanto refleja fielmente la psicología de gran número de espectadores. De aficionados, porque esto es lo curioso, que se consideran aficionados y lo son sólo para el torero. Y aún más: para un determinado artista, negando todo a los demás, como si no cupiera que, una vez o varias veces, estuviesen inspirados, valientes, diestros. Que es su oficio. Se dirá: eso es pasión y ella ha de considerarse elemento primordial de la Fiesta. Bueno. Puede ser. Sin embargo, si los llamados «aficionados» tuvieran un mayor y más verdadero entusiasmo devocional por la Fiesta, ¿no es cierto que se fijarían más en el toro, estudiándolo, conociendo sus peculiaridades, casta, ascendencia, condiciones, etc. Se da con frecuencia el caso de que un espectador le pregunte a otro, en el tendido, y avanzada ya la corrida: «¿De quién es el ganado?». Se acude a la plaza sin haberlo leído en los carteles, sin sentir la menor preocupación o curiosidad.

Por estimar que todo eso, que vemos a diario, es un grave error y que se desdeña lamentablemente cuanto se refiere a las reses de lidia, me enfrento, con singular deleite, con cualquier obra que trata del toro. Lo mismo en el campo, en la dehesa que en los ruedos. Y acabo de leer un magnífico libro: *El toro, ese genio de combate*, escrito por una mujer. Ya es extraño, ¿no? Que la mujer sienta afición y acuda a los toros, enterándose, conociendo las fases de la lidia y con capacidad para juzgar y dictaminar, como los hombres, parece



Plaza de toros de Nîmes

lógico. En esto ha habido, evidentemente, una evolución. Antiguamente les interesaba sólo la exhibición, el espectáculo de las multitudes, el atuendo, el lucimiento. Hoy saben de la lidia. Pero no han cultivado — cuando tanto se da en nuestro tiempo la presencia femenina en las letras — la literatura taurina. María Mauron, que, como recuerda Alberto Insúa, agudo prologuista de esta muy interesante obra, ha nacido en la Camarga, la «Andalucía francesa», región donde el toro es mito, preocupación, destajo y razón de vivir, ha compuesto su narración y ha tenido el acierto de realizar un estudio profundo — y a la vez ameno — sobre el origen del toro, su periplo, desde Asia a las costas mediterráneas, su cría y significación, como símbolo y pasión de los hombres, en distintos pueblos, en diferentes edades. Recopilación certera, trabajo minucioso, labor ilustrativa de gran valor, los antecedentes, las leyendas, el culto para el toro, encuentran plasmación y síntesis en estas páginas, que son un auténtico regalo para el espíritu.

No podía faltar, como es natural, la alusión a la Fiesta, que en el sur de Francia tiene tantos entusiastas seguidores. Y tras del análisis de la vida del toro en el campo — tema que escritores españoles tratan ahora con estimable predilección —, la escritora se enfrenta con el espectáculo. Ella ha presenciado muchas corridas en su país y en el nuestro. Es, también — y de verdad — aficionada. No es una narración o una exégesis, como suelen hacerse, con sometimiento a partidismos y con la delirante adscripción a eso que se ha dado en llamar «escuelas». Como dejó indicado, el propósito tiene más profundidad. Y es de mucho interés la retrospectiva mirada sobre las prohibiciones, en Francia, lo que se decretó, por autoridades y parlamentos, y la lucha de los franceses por conseguir el mantenimiento de las corridas. Ello la lleva de la mano a describir las viejas fiestas de toros, la «de escerpela», la «landesa», hasta nuestros días. Sugestiva, importante do-

cumentación, que para muchos será novedad. Para todos, desde luego, fecunda aportación. La gracia está en fundir hábilmente lo histórico y lo actual, desde el toro mitológico hasta la Fiesta, con sus calidades y sus defectos, en un armónico y bien trazado itinerario.

Todo ello, como queda dicho — y será el incentivo para no pocos lectores de la traducción, magistralmente realizada por Gabriela Insúa — con el objetivo y sentido esenciales de que el toro sea la pieza básica de su estudio. Es la exaltación del bravo animal, la apasionada defensa de lo que ha de estimarse siempre primordial en la Fiesta. El «toro», en singular, antes y primero que «los toros», que, por desgracia, han llegado a ser caricatura, burla y remedo de una fiesta tan genuina, tan bella como la de la lidia. Digamos ante este libro que la finalidad es noble. Y que nos parece plenamente lograda.

FRANCISCO CASARES



Plaza de toros de Béziers



El mejicano Joselito Huerta tomó la alternativa en la segunda corrida de la temporada «grande» en la Méjico. La foto recoge el momento en que Antonio Velázquez le cede los trastos



Un pase de Joselito Huerta con la derecha, perteneciente a la faena en que el mejicano tomó la borla de doctor,



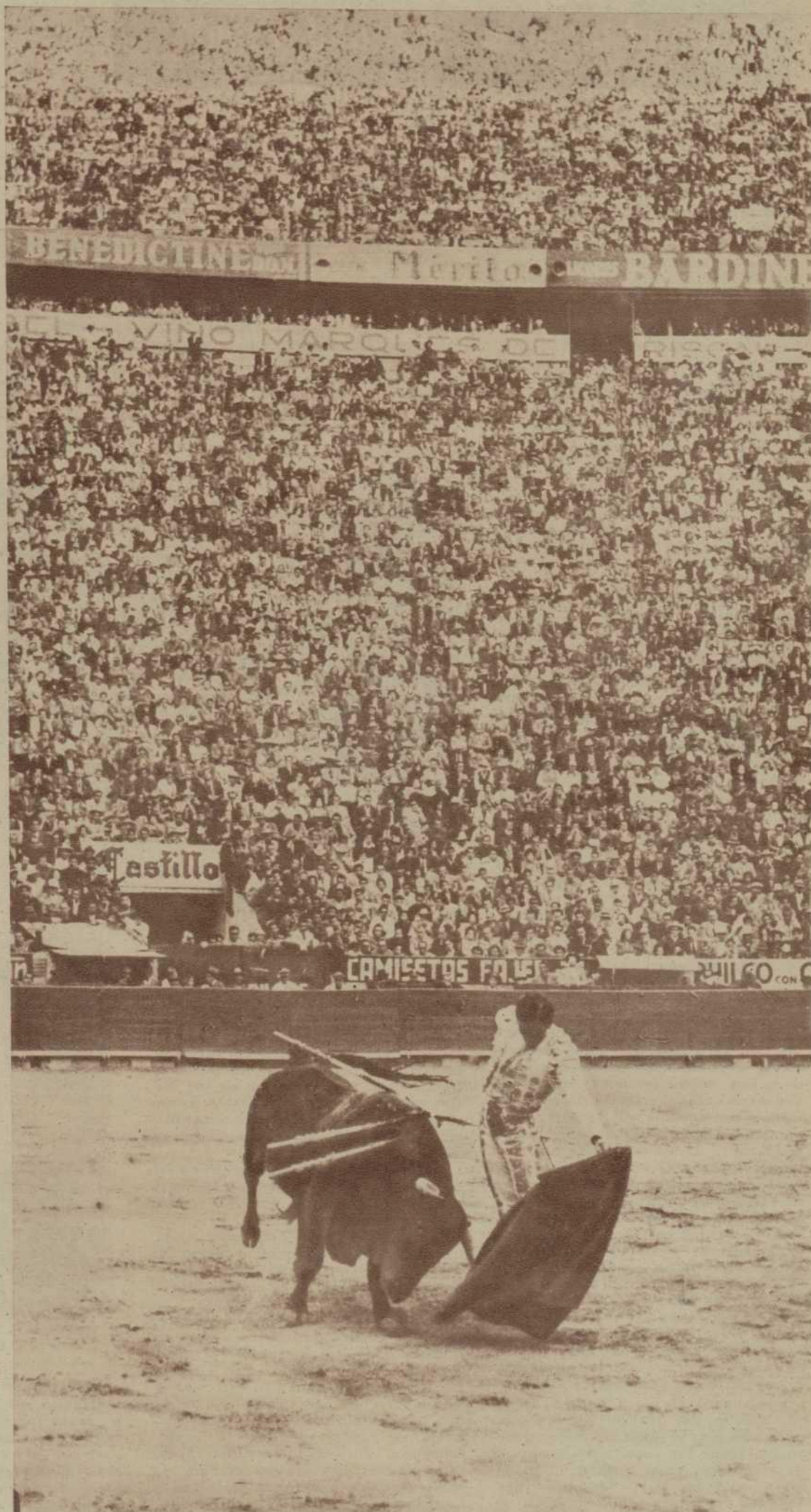
Antonio Velázquez dió la vuelta al ruedo a uno de sus toros, y a esa faena pertenece el presente pase natural



SEGUNDA CORRIDA EN LA «MEJICO»

Seis toros de La Punta para Antonio Velázquez, César Girón y Joselito Huerta

Huerta confirmó su alternativa y cortó oreja en el toro de la ceremonia doctoral



El venezolano César Girón tuvo una tarde discreta, aunque muchos de los destellos de su clase le acreditaron

El mayor éxito de César Girón —que toreó en los medios— fué el de llenar la Plaza a tope (Fotos Cifra Gráfica)

De la extraordinaria corrida de toros "anfibia" que presidió en Cuenca Felipe IV.—1642, en un bello paraje sobre el río Júcar, mitad toreo a pie mitad a nado

A FICIONADO a los espectáculos de correr cañas y toros debió de ser el rey nuestro señor don Felipe IV y conocidos son los festejos de este tipo organizados en su época y los cuadros que los reproducen, teniendo por escenario generalmente la plaza Mayor madrileña. Pero ya lo es menos la original «corrida» que hubo en Cuenca, allá por el Corpus de 1642, en el curso de la visita real a la ciudad.

Había llegado el rey con toda la Corte a la pintoresca ciudad el 28 de mayo de 1642, y ya tuvo que «echarle valor» cuanto que Alarcón habla del mismo viaje efectuado dos siglos más tarde como de algo endemoniado y suicida.

Se alza Cuenca, vértice celtibérico de tres regiones: Alcarria, Mancha y Serranía, sobre la muela central del tridente rocoso que forman los cerros de la Majestad. San Felipe y el Socorro, entre los cuales se escapan por el hondón Júcar y Huécar para confluír a los pies del empinado y secular caserío.

Y a través de las laberínticas calles presidió el monarca la procesión del Santísimo Corpus Christi de aquel año, por cierto bastante accidentada, ya que hundiéndose una casa al paso del cortejo, y milagro fué que no resultara una catástrofe con tanta gente como pilló debajo; pero sólo unos pendenes quedaron destrozados, según rezan las crónicas, y el rey, impávido, ordenó proseguir como si nada hubiese ocurrido.

Visitó don Felipe, en la catedral, como era de rigor, el cuerpo incorrupto del Santo Obispo Julián, que llegara a Cuenca desde sus tierras burgalesas a poco de la conquista de la ciudad a los moros, y en su honor se celebraron —gran honor... y quebraderos de cabeza para los regidores— profusión de actos entre los que no dudamos de calificar como plato fuerte la peregrina corrida de toros «anfibia» que tuvo lugar sobre las verdes aguas del Júcar.

Fué el escenario de la misma el paraje hoy denominado Recreo Peral, un soto ameno —como se diría al estilo de égloga— en lo profundo de la hoz, desde donde se columbran, allá arriba, las cresterías de roca, en formas mil con las que la naturaleza enmienda la plana al más imaginativo y delirante de los escultores abstractos, y las murallas y casas a ellas fundidas; la sólida fábrica del viejo Alcázar, el seminario y la arboladura que componen las torres de las iglesias, de la que es palo mayor «Mangana», airoso y aislado vestigio de antigua mezquita, pintarrajeado por el mal gusto de época posterior y donde se ha instalado el «Big-Ben» o reloj de Gobernación de la Muy Noble y Leal Ciudad, Invictísima y Fidelísima —ahí es nada los títulos que ostenta— para señalar el plácido correr de las horas conquenses.

Conocemos el lugar exacto de la celebración del curioso espectáculo, pues aún hoy se aprecian claramente en las rocas las rozas que hubieron de efectuarse para instalar el palco regio, sólo en parte desaparecidas con las voladuras que precisó el trazado de la carretera de la Sierra. Enfrente y en la otra orilla tenemos la fuente del «Abanico», por el abanico tallado sobre sus tres caños;

cuesta de San Juan aguas abajo y cuesta del Santuario de Nuestra Señora de las Angustias aguas arriba, con el puente de los Descalzos allí mismo, a no más de cien metros del lugar.

En cuanto al desarrollo del espectáculo, ya es otra cosa, apenas media docena de escuetas referencias repartidas en avisos y crónicas. Mas hubo por allí en el siglo pasado un erudito canónigo, de nombre Trifón Muñoz y Soliva, el cual escribió una «Historia de Cuenca», donde nos da la reseña, «según ancianos que de niños oyeron a sus abuelos». Según ella, se levantó el redondel sobre gruesas vigas encima del Júcar, con alta barrera por ambas riberas y más redu-



Vista del lugar exacto del emplazamiento. Sobre las rocas de la derecha, que entonces llegaban hasta la orilla, estuvo situado el palco real

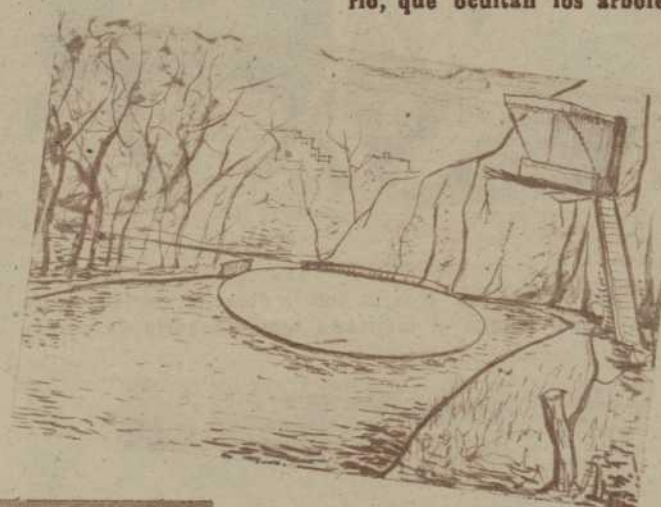
cida aguas arriba y abajo para permitir al lidiador en peligro zambullirse y poner así agua por medio del cornúpeto. Pero como ocurriese algunas veces que el toro les siguiera en su huida por vía fluvial, desde unas barlas adornadas de gallardetes los alcancebaban, y otros nadando les clavaban banderillas, mientras que en las orillas montaban guardia gentes armadas de largas lanzas para rechazar o rematar a la fiera que porfiaba en salir de remojo.

No hay que decir que la presencia del rey y personalidades de la Corte y lo notable y único del festejo hizo que la concurrencia en el amplio coso natural fuese extraordinaria, hasta el punto de quedar despoblados los pueblos vecinos.

Era, por otra parte, grande la afición taurina de los conquenses, citándose por aquellas tierras diestros famosos y de nombres tan campanudos como el tío Víctor de Torralba, Paulino de Portilla y Pedro Orejón. «Malote», de Villacónes, entre otros, y suertes genuinas tales como la en uso por Villalba de la Sierra y Zarzuela de matar a chuzo o rejón. Consistía ésta en enfrentarse al astado ocho o diez mozos armados de chuzos que se apartaban la mitad a cada lado al producirse la embestida, acabando con él. Tan desmesurada era esta afición que nos cuenta el padre Mariana, dando una de cal y otra de arena, cómo «en Cuenca,



Sobre el fondo del cerro de San Felipe, la ciudad encaramada; y en lo profundo de la hoz del Júcar, el lugar donde se celebró la corrida de toros «anfibia» que en 1642 presidió Felipe IV. (Señalado con trazo el emplazamiento del «ruedo» sobre el río, que ocultan los árboles)



Felipe IV

ciudad noble y frecuentada de la Celtiberia, un toro que mató a siete hombres fué consagrado a la inmortalidad, sacando pinturas de la lidia y exponiéndolas en los sitios públicos»; añadiendo el siguiente y poco halagador comentario: «Esto me parece más bien un trofeo y aviso de la locura de sus ciudadanos que una apoteosis de la fiera».

Mas volviendo a nuestra corrida de toros «anfibia», existió además de

las referencias escritas y orales con un inapreciable documento gráfico: un cuadro que en su entusiasmo ordenó el rey se pintara. Su hallazgo hubiera sido una interesante aportación a la historia de la tauromaquia, y en ello pusimos nuestro empeño. Pellicer, cronista de la Corona de Aragón, nos habla de su existencia diciéndonos que era grande; por Cea Bermúdez nos enteramos que su autor fué el pintor conquense Cristóbal García Salmerón, quien «se retrató a sí mismo en el acto de pintar el cuadro», y, por fin, Palomino nos da una buena pista, pues cuando él lo vió «estaba colocado en el pasadizo de Palacio a la Encarnación». Pero —el terrible pero— después de remover Roma con Santiago, y pese a toda clase de facilidades que gentilmente nos brindaran, el cuadro no aparece, siendo muy probable que fuera pasto de las llamas durante el incendio que sufrió el Real Alcázar en 1734, y en el que se perdieron más de quinientas obras, algunas de ellas de primerísimas firmas.

Sólo nos queda, pues, con la referencia del más peregrino acontecimiento taurino que vieron los siglos, la posibilidad de contemplar el estado actual del escenario donde tuviera lugar.

F. PEREZ DE SANTA COLOMA

Una gran polémica que duró siglos entre partidarios y enemigos de las corridas de toros

En nuestra legislación medieval no existen leyes totalmente prohibitivas sobre la fiesta de los toros, aunque sí, en *Las Partidas*, se regule la asistencia de los clérigos. El Código alfonsino, de rotunda influencia canónica, no hace más que llevar a la letra de aquel venerable Código (que ciertamente no fué texto legal, sino obra doctrinal) las normas pontificias en lo que a la vida pública de la clerecía se refería. A fines del siglo xv es cuando sale la primera disposición legal que limita la Fiesta. Fué dada por Isabel de Castilla, en 1494. El sangriento espectáculo de ver caer muertos a dos hombres durante una corrida, en su presencia, movió la piedad de la inmortal soberana Católica para obligar a que las reses se lidiassen emboladas.

En cuanto a la Iglesia, se limitó durante la Edad Media a recomendar a los obispos y sacerdotes que no asistieran a los toros. Pero en 1567 el Papa Pío V, en su célebre bula *Pro salute*, impuso pena de excomunión a los reyes que autorizasen corridas en sus territorios, y hasta llegó a negar sepultura en sagrado a los toreros. Todo ello dió lugar, nada menos, que a una consulta de teólogos en la España de Felipe II. Mas todo tuvo arreglo. Los pontífices siguientes toleraron la lidia, y hasta se llegó a dar privilegio a la Plaza de Ronda para que en ella pudieran ser espectadores los sacerdotes. Durante todo el siglo xvii tuvo lugar un período de auge taurino. Y hay que llegar al reinado de Fernando VI, por los años 1754 y 57, para encontrar nuevas disposiciones prohibitivas. Estas prohibiciones del pacífico monarca de las Salesas no fueron, en verdad, escrupulosamente acatadas por sus súbditos, como tampoco parece que lo fué una Real Orden d. su hermano y sucesor, Carlos III, en 1778, que establecía la prohibición de dar muerte a las reses que se lidiassen. A buen seguro que los enteros y cabales españoles de aquella época monárquica pondrían una vez más en práctica la consuetudinaria y socarrona fórmula tradicional del «se obedece, pero no se cumple». En 1785 y 90 se volvió a machacar en hierro frío, aunque haciéndose excepción de las plazas que destinaban sus ingresos a la Beneficencia, y en 1792 se publicó una Orden del Real Acuerdo de Aragón autorizando a los corregidores y justicias a que diesen permisos «por sí» para la celebración de corridas. La «Novísima Recopilación» de 1805 vuelve de esa jurisprudencia, e insiste en las prohibiciones, sobre las cuales medió un voluminoso informe elevado al Consejo Real por el conde de Montarco. Pero en 1808, al compás de los tiros de la Independencia, vuelve el sol de España a dar calor y pasión a la incomparable fiesta de la raza.

En general, los enemigos de los toros se dividían

Alfonso el Sabio, Isabel la Católica y el Papa Pío V, contrarios a la fiesta.—Felipe II y los reyes del Imperio, grandes aficionados al torero.—Quevedo, el P. Mariana y Jovellanos, enemigos de la lidia.—Lope de Vega, Cervantes y todos los grandes ingenios, defensores y escritores de temas taurinos.—También lo fueron Unamuno, Menéndez Pelayo y Ortega y Gasset.



Menéndez Pelayo

en dos tendencias: los que combatían la Fiesta en nombre de conveniencias económicas y sociales (resta de jornales, sacrificio de bestias de labor, dehesas improductivas, etc., etc.) y los que lo hacían por motivos sentimentales y de educación (la crueldad, el endurecimiento que producía en el pueblo la sangre vertida, la vida de los lidiadores en constante peligro, el sufrimiento de las reses, etc., etc.).

Ya en el siglo xvi la bula de Pío V encontró eco y apoyo en muchos hombres ilustres, que lo manifestaron en verso y en prosa. El padre Mariana combate la lidia de toros en su tratado *De Spectaculis*; Cristóbal Pérez de Herrera, en su *Discurso*; el religioso Damián de Vargas en su *Poesía cristiana, moral y divina*; Juan Rufo, en sus *Los seiscientos apotegmas*, y Francisco Núñez, en los *Diálogos de contención entre la avaricia y la ciencia*.

En el siglo xvii esa corriente antitaurina se prolonga, aunque con menos valedores que en el anterior. Los más resueltos son: Quevedo, en su *Carta al duque de Olivares*, en la que, censurando acremente la Fiesta, hace el siguiente elogio del toro:

Un animal, a la labor nacido...

Y el asturiano Francisco Antonio de Bances de Cardamo, en sus *Obras líricas*.

En cambio, en el siglo xviii, tan sediento de reformas y de europeización, es pródigo en diatribas y argumentos contra el torero. Claro está que, por contraste y como prueba de lo poco que podían todas esas corrientes minoritarias que se enfrentaban a las hondas realidades de la nación, fué, precisamente, el siglo que creó el torero a pie y definió las corridas tal como hoy las conocemos.

Un antitaurínico decidido de esa época fué el célebre coronel Cadalso, el cual, en la setenta y dos de sus *Cartas marruecas*, dice: «Esta especie de barbaridad (el torero) los hacía sin duda feroces (a los españoles), acostumbándolos a divertirse con lo que suele causar desmayo a hombres de mucho valor la primera vez que asisten a este espectáculo». El afrancesado y tierno Meléndez Valdés, como buen bucólico, amó los bueyes y los toros libres; el clasicista José Mor de Fuentes ataca también las costumbres taurinas de sus compatriotas, y a principios del siglo xix el poeta separatista criollo, José María Heredia, hace lo propio con unos versos rimbombantes que terminan así:

¡Espectáculo atroz, mengua de España!

El marino y sabihondo José de Vargas es el más enconado detractor que jamás tuvo el arte de torrear (aún más, aunque menos ilustre, que el eximio Jove-

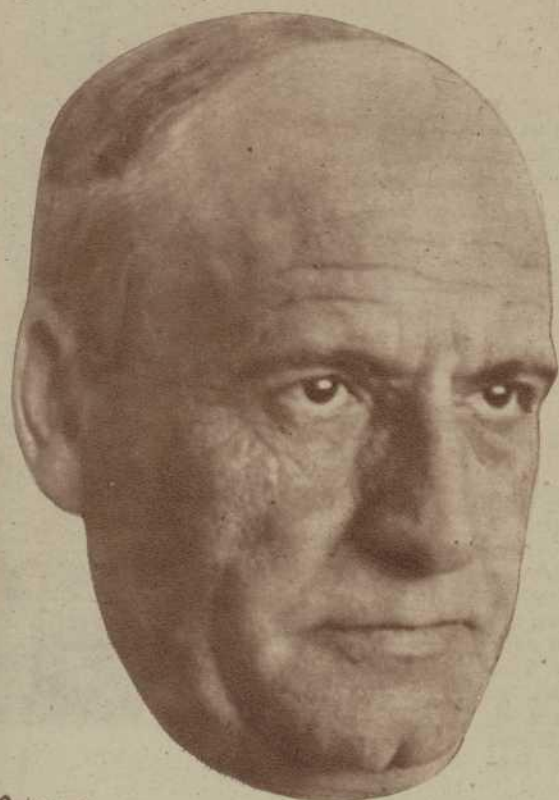
llanos, su maestro). Vargas quiere quitar a la Fiesta su carácter nacional, y para ello afirma que Asturias y Galicia rechazaron siempre las corridas de toros. Sin necesidad de amontonar fechas y datos, bien puede probarse fácilmente lo inexacto de esa afirmación, pues tanto en Galicia como en el principado astur se corrieron toros desde los tiempos más antiguos hasta los más modernos, en que Oviedo disfrutó de una de las mejores plazas de España, temporalmente arrasada por un incendio en 1932. Otro detractor de las corridas fué el periodista, filósofo y petimetre José Clavijo Fajardo, que en su periódico madrileño *El Pensador* fustigó duramente a los aficionados.

De propósito dejó para último lugar el hombre más grande de su siglo y aun uno de los más grandes de todos los siglos españoles: don Gaspar Melchior de Jovellanos. Jovellanos escribió contra los toros las diatribas más formidables, y no precisamente por ridículo sentimentalismo, sino por razones económicas muy lógicas dentro de las ideas de la economía de su tiempo, pero a las que siglo y medio de historia y experiencia han dejado sin valor. La carta que le escribió a Vargas desde Gijón es un alegato literariamente perfecto, y en ella se basó el marino gaditano para escribir su *Pan y toros*, que todavía muchas gentes siguen atribuyendo al inmortal hidalgo gijonés.

Todo lo contrario que con las censuras ocurre con la apología del torero. Aquéllas pueden resumirse en media docena de cuartillas, con un par de docenas, a lo más, de nombres ilustres. Estas son, sencillamente, toda la literatura y la historia de España, desde las referencias latinas hasta Menéndez Pelayo, Unamuno y Ortega y Gasset, por citar tres nombres contemporáneos de bien distinta formación y significación. Pero raro será el escritor que después de asomarse a las cosas de España no haya dejado correr la pluma más o menos poseída del embrujo de lo que el conde de las Navas llamó tan justamente el espectáculo más nacional. Menéndez y Pelayo pudo calificar a las corridas de toros del menos bárbaro y más artístico de todos los espectáculos cruentos del mundo. La fuerza que el torero ejerce sobre nuestros ánimos es tan grande, que aun los escritores que se miran con prevención a la Fiesta y aun quizá con propósito de combatirla, cuando llega el momento de escribir, vienen a hacer de ella una apología ilustrada por su talento.

Los toros —la fiesta brava y española de los toros— es, sin duda alguna, uno de los motivos que más adornan nuestras bellas letras.

«EL NIÑO DEL ARCHIVO»



Ortega y Gasset



Miguel de Unamuno

★ LAS PEÑAS Y CLUBS T

- ⊙ El Club Luis Miguel Dominguín tiene como principal objetivo la defensa del prestigio y la dignidad de la Fiesta
- ⊙ La entrega a Luis Miguel Dominguín de la placa de Caballero de Isabel la Católica, una de las más gratas efemérides del Club



La entrega de la placa de Caballero de la Orden de Isabel la Católica a Luis Miguel Dominguín en el Hotel Palace; El presidente del Club hace el ofrecimiento (Foto Martín)

ESTAS que van a sonar aquí son las voces autorizadas de la afición. Son voces que en ocasiones suenan en los tendidos con aire de reto o de protesta. Pero, en cualquier caso, son voces sinceras que merecen respeto. Aquí, en estas páginas, van a desfilar encasilladas en clubs, peñas, tertulias, agrupaciones..., con nombres y apellidos. Cada cual podrá decir lo que le parezca prudente. El periodista, en este caso, será como un improvisado notario que dé fe pública de lo que oiga. Y atención, señores, que el desfile comienza.

EL Club Taurino Luis Miguel Dominguín abre las puertas de su cordialidad en pleno centro de Madrid, en la calle de San Jerónimo. El local es amplio y está decorado con gusto. Naturalmente, predominan retratos y carteles de Luis Miguel. Hay muchas fotos que dan fe de los éxitos del torero en sus andanzas por las Plazas de España, Francia, Portugal e Hispanoamérica. Dos cabezas de toros recortan su negrura sobre la pared. Hay ambiente. Y animación. La barra del bar está repleta de clientes. Hay varias tertulias distribuidas por los salones, que entretienen sus ocios en el inofensivo pasatiempo de un juego hogareño o charlan de sus cosas.

El periodista, guiado por la amabilidad del presidente del Club, don Antonio García Muñoz, llega hasta el

despacho presidencial, donde esperan otros directivos. Y la charla va fluyendo espontánea, sin ajustarse a ningún cuestionario previo. Bajo el signo de la más grata sencillez...

Habla el presidente:

—Nuestro Club se caracteriza por su régimen de puertas abiertas. Aquí cabe todo el mundo. Es verdad que nos agrupa la devoción a un torero, pero esto no quita para que consideremos la defensa de la dignidad y el prestigio de la Fiesta como nuestro principal objetivo.

—¿Qué labor realiza el Club?

—En lo puramente taurino, intentamos, con la organización de festivales en Vista Alegre, que quienes sientan de verdad afición encuentren una oportunidad para salir del anonimato. Por otra parte, a través de la Federación, de la que somos, y lo decimos con orgullo, principal baluarte, buscamos el mejoramiento de muchos aspectos de la Fiesta, desvirtuados por prácticas viciosas. En el I Congreso Internacional Taurino, celebrado en Madrid, intervinimos en la discusión y redacción de muchas propuestas. Concretamente, la innovación de que los trofeos fueran entregados por los alguacillos fué cosa nuestra.

—Y en el aspecto social, ¿cuáles son las actividades del Club?

—Organizamos conferencias, agasajos, fiestas... Aquí hemos celebrado homenajes a «Madrileño», a los hermanos Garzón, a «Sevillanito», a «So-

lanito»..., todos ellos de lo que podría llamarse el estado llano de la Fiesta. Nos gusta que los elementos modestos de la Fiesta encuentren en nosotros la más amplia comprensión.

—¿Qué efemérides recuerda como la más sobresaliente?

—El ofrecimiento de la Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica a Luis Miguel Dominguín, en un acto organizado en el Palace, en noviembre de 1951.

El señor García Muñoz nos ofrece algunas publicaciones del Club, entre ellas una conferencia por él pronunciada sobre «El torero castellano». Asimismo nos muestra la oreja de oro ganada por Luis Miguel, en Burdeos, en julio de 1951, que fué cedida por el torero al Club.

La conversación se encauza hacia otros derroteros. Se habla del hoy de la Fiesta:

—He conocido —dice el señor García Muñoz— los últimos tiempos de «Gallito», Pastor, Belmonte... Llevo más de treinta años como abonado en la Plaza de Madrid. Sin embargo, creo que hoy se torea mejor que nunca. La Fiesta ha ganado en estética, fiel al signo de los tiempos. Y no ha perdido, digan lo que digan, su trágica dimensión. Los nombres de «Manolete», «Carnicerito de Méjico» y tantas otras víctimas de estos tiempos lo demuestran.

Ahora ronda la pregunta hacia otro



El presidente del Club, señor García Muñoz

directivo, el vicepresidente del Club, don Isidoro Zazo.

—¿Cómo ve usted la Fiesta en estos momentos?

—Creo que está necesitada de figuras. Sin figuras no hay Fiesta. Este año la incorporación de Luis Miguel será un magnífico aliciente.

Habla el secretario del Club, don Servando Martínez:



El bar



Un rincón del Club

—Creo y espero que el año 1956 supere a 1955—dice.

—¿Por qué?

—La respuesta tiene un nombre: Luis Miguel.

Se plantea el problema del binomio «afición-masa». El presidente echa su cuarto a espadas:

—Hoy domina la masa sobre el aficionado. Esto no puede evitarse, desde luego. Particularmente, opino que de muchas de las cosas que ocurren en las Plazas tienen la culpa las señoras —dicho sea con todos los respetos para ellas— y los extranjeros. Unas y otros son muy impresionables. Aquéllas se dejan llevar por la presencia física del ídolo; éstos, por otros aspectos del «espectáculo».

—¿Remedios?

—Yo crearía el carnet de identidad del aficionado... Comprendo que sería

lo ha entendido esto muy bien. Por quince pesetas, los «hinchas» del Madrid o del Atlético ven dos partidos al mes. Habría que dispensar a la Fiesta más protección —rebaja de impuesto, en primer término— si se quiere que no languidezca.

—¿Qué más?

—La organización de corridas de novales, por las mañanas, sería también muy útil. Con pocos gastos las entradas estarían al alcance de todas las fortunas.

Aún se prolonga la charla por otros arrabales de la actualidad taurina. El presidente del club, señor García Muñoz, que forma parte del Comité directivo de la Federación, pertenece también al Patronato del Museo Taurino de Madrid. A su iniciativa se deben muchas piezas de las que figuran en aquél. Por ejemplo, el capote de



Los directivos del Club Luis Miguel, con nuestro redactor, ante uno de los carteles que adornan el local



En las paredes del Club hay multitud de fotografías... (Fotos Lendínez)

difícil, pero en la concesión de trofeos no debían opinar más que quienes tienen títulos para eso...

El tesorero del Club, don Ricardo Martín, interviene en la polémica:

—Otro de los remedios sería ir a un abaratamiento de las entradas. Con los precios que rigen hoy no es posible que la juventud se sienta atraída hacia las Plazas de toros. El fútbol

paseo que llevó Luis Miguel el día de su alternativa en Madrid. El club al que pertenecía, por donación del torero, lo cedió al Museo.

Salimos. Hasta las puertas nos acompaña el amable cortejo de los directivos. Contagia su entusiasmo, su dedicación desinteresada a la Fiesta.

FRANCISCO NARBONA

HISTORIA Y ANECDOTA del Club Taurino Luis Miguel Dominguín

EN el año 1939, a raíz de la Liberación, había en El Gato Negro una tertulia a lo grande, formada por buenos aficionados a la Fiesta. Eran asiduos a ella don Angel Rocha (q. e. p. d.), don Luis Pardo, don Eduardo Duque, don Bonifacio Bahamonde, don Luis Arrabal, don Jaime Merchán, don José Camps, don Servando Martínez, don Antonio García Muñoz... El tema de conversación era, por supuesto, la fiesta de los toros. En esa tertulia surgió la idea de crear una «peña» en honor de tres muchachitos, imberbes casi, que acudían con asiduidad a las reuniones. Eran los hermanos Domingo, Pepe y Luis Miguel González, hijos del torero retirado «Dominguín», que comenzaban entonces su carrera, repitiendo en los carteles el seudónimo paterno. Domingo y Pepe eran ya novilleros; Luis Miguel no había pasado de becerrista. Un becerrista precoz, que apuntaba una clase extraordinaria. La «peña» así formada continuó sus sesiones en la Cervecería Alemana de la plaza de Santa Ana, hasta que concretó su título —Club Taurino Luis Miguel Dominguín— y quedó constituida oficialmente el 25 de septiembre de 1946 en el muy típico y hoy «desintegrado» café de San Isidro. De allí pasó el Club a sus actuales y amplísimos locales.

Varias Juntas directivas se han sucedido al frente del Club. A lo largo de estos años dejaron huellas de su laboriosidad y cariño por la entidad don Rafael Martínez de Castilla (q. e. p. d.), entusiasta presidente; don Faustino Peña, dueño del café de San Isidro, que puso su local y su persona al servicio del entonces naciente Club; don Mariano López, secretario ejemplar; don Pablo y sus tres hijos, don Mariano de Pedro, etc. A todos ellos debe el Club su engrandecimiento actual. Hoy rige los destinos del mismo esta Directiva:

Presidente, don Antonio García Muñoz. Vicepresidente, don Isidro Zazo Jiménez. Secretario, don Servando Martínez García. Tesorero, don Ricardo Martín Díaz. Contador, don Manuel Etrade Molina. Vocales: don Jesús Oria, don Eleuterio Gamboa y don Jorge Herrero.

El Club cuenta en la actualidad con unos 1.300 socios. Son, en su mayoría, gente modesta, que, sin embargo, contribuye con generosidad al mantenimiento de la Sociedad.

La Federación Nacional de Clubs Taurinos ha concedido al de Luis Miguel Dominguín el título de «Club ejemplar». Y, en efecto, lo es por muchas razones.

EVOCACION DE MANOLO MARTIN



Perteneció a una gran dinastía de toreros, aunque no figurase en el vértice de la misma

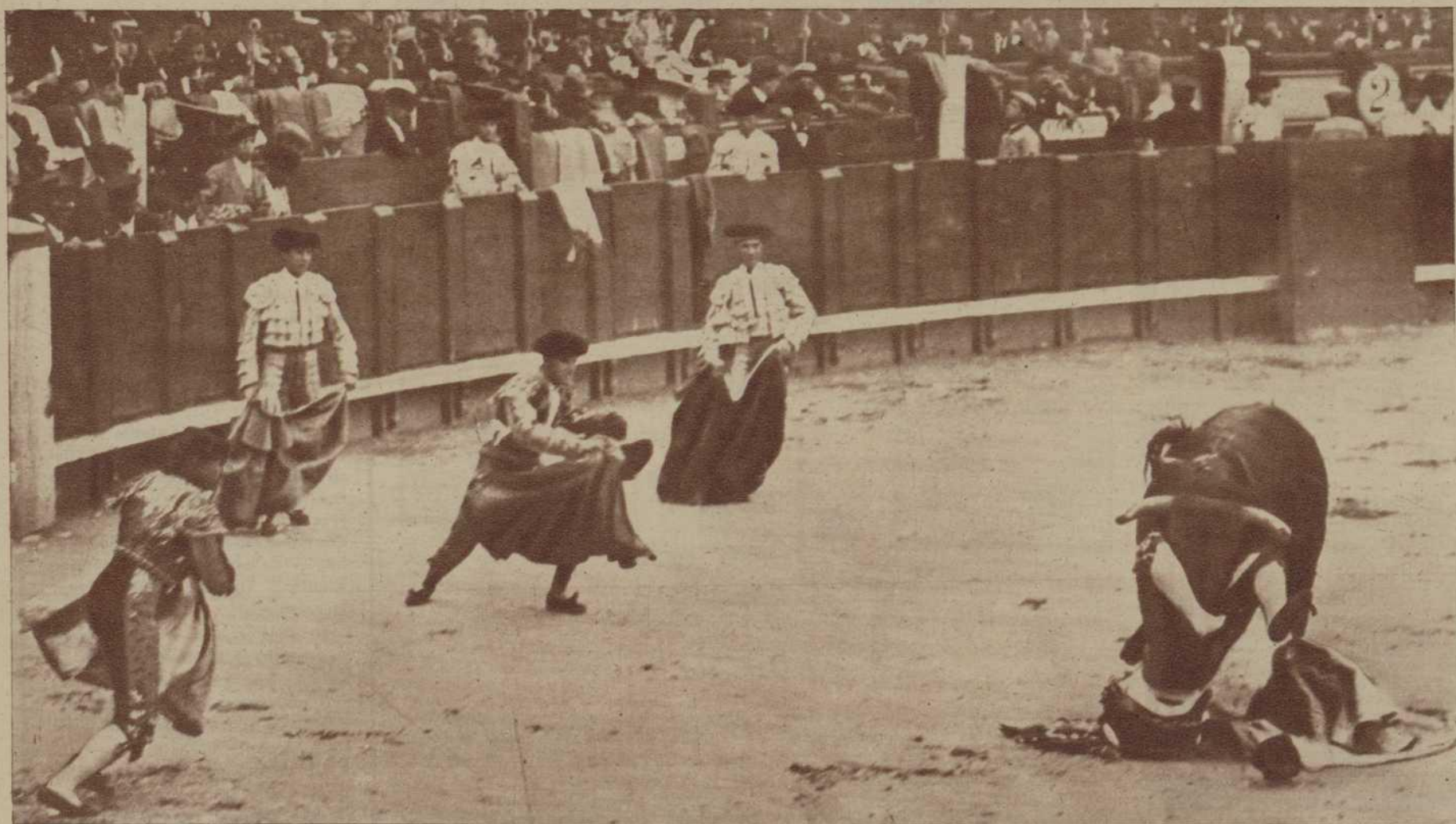
Muy valeroso toreando y certero con el estoque, tuvo sus mejores temporadas los años 11 y 12

Este es —en sus años de juventud— Manuel Martín Gómez, apodado «Vázquez II», hermano de Curro Martín Vázquez y cuñado de Joselito «el Gallo»

Su estilo torero no era brillante, como tampoco es brillante esta foto, en la que el «retratista» no supo colocarse, pero se trata de un pase por alto de Manolo Martín Vázquez



De la misma faena —y del mismo fotógrafo «lejanista»— es esta instantánea, en la que el diestro porfía con un toro huído que, durante la faena de muleta, anda buscando las seguras tablas

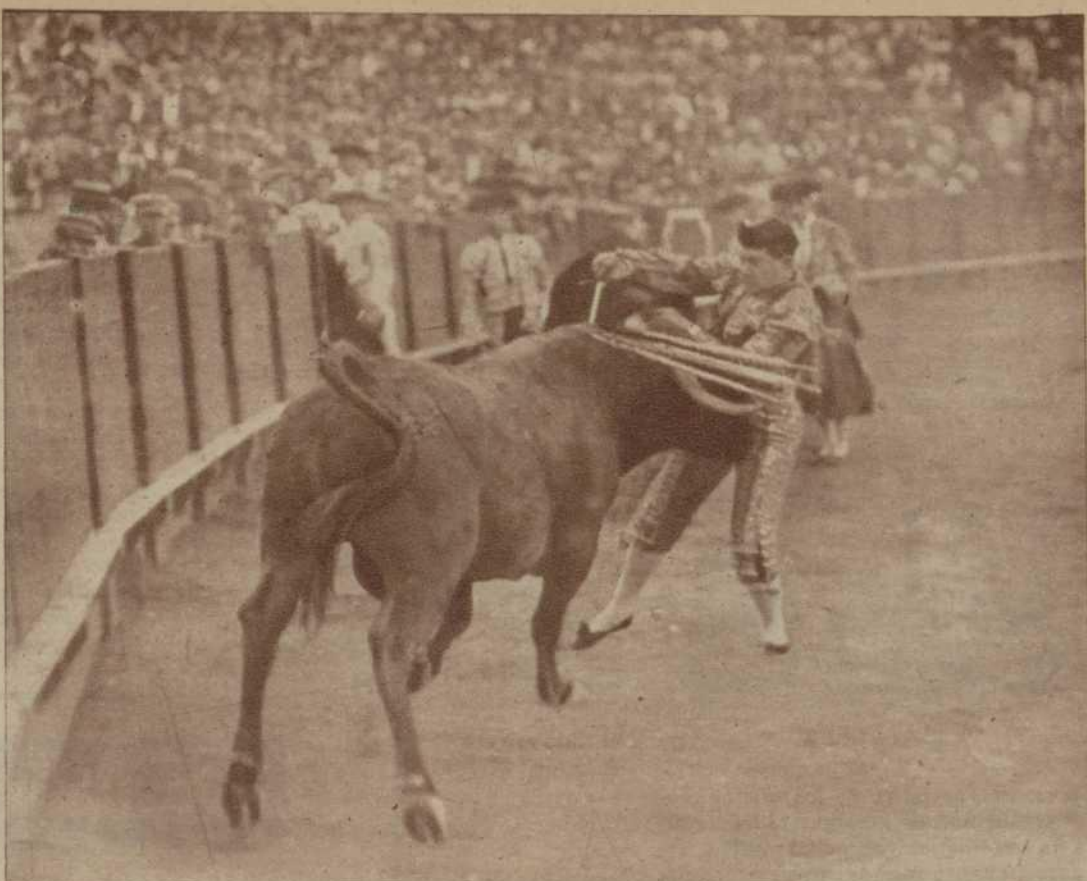


Manolo Martín Vázquez fué torero de poca fortuna y numerosas cogidas; Cervera —gran fotógrafo desde hace muchos años— captó en esta forma ciertamente plástica uno de sus muchos revolcones

RIN "VAZQUEZ II"



fuerte del diestro desaparecido era la suerte de matar; aquí vemos en la Maestranza arrancarse de largo, pero por derroche, hacia el morrillo de uno de sus enemigos «de los de antes»



Cuando la suerte no se consumaba a perfección, no por eso cejaba Manolo Martín en ella; aquí, el toro no ha seguido al engaño, pero el torero tampoco se ha echado fuera de la trágica «cuna»

CON la escueta sobriedad que impone a veces la prisa periodística, dimos en nuestra anterior edición la noticia de la muerte de Manuel Martín Gómez —al que en su vida torera se le conocía como «Vázquez II»—, matador de toros de la escuela y estirpe andaluza, que se ha prolongado en nuestros días con sus sobrinos Manolo, Rafael Pepín Martín Vázquez, y de la que quedan en activo, por relación de parentesco, Manolo Carmona y Mario Carrión.

Fué hermano del famoso matador Curro Martín Gómez —conocido entre los taurinos como Curro Martín Vázquez— y nació en Alcalá de Guadaira el 26 de junio de 1886. Pero sus actividades taurinas las inicia en 1905, al amparo de la carrera de su hermano, en el mismo Alcalá de Guadaira, donde estoquea un novillo. Tientas y capeas le entrenan un par de años, y en 1907 hace su presentación en la Maestranza sevillana con éxito que le permite abrir la temporada en 1908, el día 2 de febrero, en Madrid, con novillos del duque, y «Patateo» y «Platerito» de compañeros de cartel; un cartel en que Manolo hubo de despachar cuatro «pases» por haber pasado a la enfermería sus dos compañeros de terna. Y de aquí se inicia una brillante temporada de triunfos novilleriles, que corta en Barcelona una gravísima cornada que le tiene dos años retirado de los ruedos. ¡Los dos años crueles para hacerse figura!

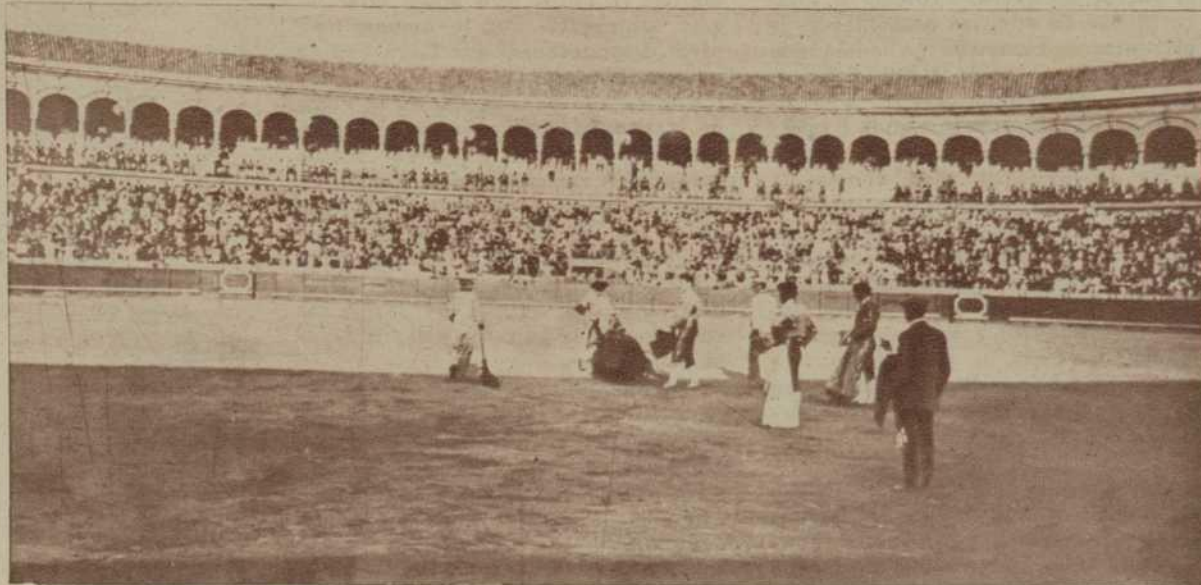
Casi borrado su nombre de los escalafones taurinos, reaparece en la Sevilla materna en 1911 con gran triunfo que repercute en Madrid; viene a Corte y renueva sus laureles, con lo que este año y el año 1912 son de gran brillantez para él. En el extremo de que a finales de la temporada, el 1 de octubre, recibe de Vicente Pastor la alternativa —cediéndole el toro «Rosquero», jabonesucio, típico de las camadas del duque— en la misma corrida en que Joselito «el Gallo» confirmó su nuevo astro de la tauromaquia, la suya.

Este mismo año de 1912 realiza el sueño de todos los toreros de antaño. Ir a Méjico; y, efectivamente, torea mucho en la capital y en los Estados Unidos, pero en los años siguientes, 1913 y 1914, sus éxitos bajan mucho en cifra. La razón era sencilla. ¡Estaban en los ruedos José y Juan! ¡Vicente Pastor y Rafael! Y mantenerse a esa altura sólo era permitido a los elegidos de los dioses. Ni siquiera el hecho de estar casado con una hermana de «Gallos» le facilitó el paso, y Manolo Martín, «Vázquez II», realista y sereno ante los hechos, se retiró del toreo silenciosamente. Sin despedidas dolorosas. Con la misma tranquila resignación con la que ahora ha dejado el mundo de los vivos.

Descanse en paz el que fué gran promesa de torero —por sus temporadas en los años 11 y 12— que ocupó un lugar en la historia del toreo.



Sin embargo, ésta era la estampa más frecuente en sus actuaciones: un toro certeramente herido, con las cuatro patas al aire y una actitud gallarda en el matador al recoger las ovaciones



Un toro certeramente herido en los medios, allí donde el sol y la sombra se dan cita sobre la raya que los une y los separa; y Manolo Vázquez se vuelve triunfador hacia el tendido



«Lagartijillo»



Último retrato de Antonio Montes

LA mayor parte de los aficionados taurinos, especialmente los dados a la estadística, aprecian mucho los datos, cuanto más exactos mejor, que se le ofrecen a este respecto de toreros que hayan «dicho» algo en el arte. Ya que no sea para anotarlo, sirve para que un día u otro, pero sin dejar pasar muchos por si acaso, abrir debate en el taller o en la tertulia sobre el torero que le interesa, porque lleva «empollado» el tema, con cita de fechas y a veces de horas concretas en que nació Mengano, tomó la alternativa Fulano y resultó herido o fallecido por enfermedad o accidente Zutano. Cierzo que eruditos de esta condición se dan en todas partes y tratan de todos los temas habidos y por haber por altos o profundos que sean.

Queda dicho, pues, que los cuatro casos que vamos a transcribir no tienen tal pretensión, ya sea porque como a los diestros a que se refieren han «dicho» y «hecho» cosas en los ruedos, se han citado más de una vez. El propósito no pasa de citar fechas que cumplen años en los días actuales, pero años que reúne el caso que menos, una docena de lustros.

Era el «23 de diciembre del año 1868» cuando nació en Granada. Desde muy joven mostró gran afición a los toros, sobresaliendo desde sus primeras actuaciones por su elegante manera de hacer la suerte suprema. «Frasculo» se fijó en él y concibió la esperanza de poderse retirar sin que la suerte decayera. Protegió a «Lagartijillo» en cuantas ocasiones se le presentaron. La ayuda fue continuada y provechosa, pues Antonio fue a América dos temporadas.

Quiso «Frasculo» que en la corrida de su retirada, efectuada en Madrid el 12 de mayo de 1890, tomase la alternativa su protegido y paisano para que cubriese el vacío que él dejaba en el toreo. No fue cumplido el deseo de Salvador. Toreó «Lagartijillo» diecinueve años y era un torero completito y enterado, pero a mucha distancia de su padrino.

Se despidió en la Plaza de su ciudad natal el 3 de mayo de 1910, alternando con Vicente Pastor.

Corresponde, por orden de fechas de nacimiento, el turno al desgraciado torero sevillano Antonio Montes, que tuvo efecto en el barrio de Triana el día 20 de diciembre de 1876. Sus primeras actividades en la vida las empleó como monaguillo y sa-

cristán en la iglesia de San Jacinto de Triana, donde se veneran al Cristo de Cachorro y la Virgen de la Esperanza de Triana. Estaba a punto de cumplir la veintena de años cuando, como el sacristán de la zarzuela clásica, sintió una afición incontenible por la fiesta de los toros, y a ella se dedicó decididamente.

Desde sus primeras actuaciones llamó la atención de aficionados y toreros, despertando recelos en éstos porque con su forma de actuar se abría paso por momentos. Se presentó en Sevilla el año 98; en noviembre de aquel año, en Madrid. Tomó la alternativa en Sevilla el día de Pascua del 99, de manos de Fuentes, y se la confirmó en Madrid «Lagartijillo» el 2 de mayo del mismo año. Su cartel era tan fuerte que, aunque la empresa de Madrid se negó a aceptar sus pretensiones, hubo de terminar por aceptar la propuesta de Montes.

Hemos calificado al principio de desgraciado al gran torero Antonio Montes, y difícil será poder citar un caso semejante. Por lo menos, nosotros desconocemos que haya habido persona humana con fin tan trágico.

Contratado para actuar en la Plaza de Méjico, maschó rebosante de ambición, por gloria y dinero. Había actuado en varias corridas, seis, según parece, cuando le correspondió actuar en otra el 13 de enero de 1907, en la Plaza de la capital, acompañado por Antonio Fuentes y Ricardo Bombita. Los tres habían de despachar seis toros de la ganadería de Tepeyahualco.

Correspondía a Montes matar el segundo de la lidia. No quería que nadie le ganase la partida y se apretó de tal forma en los lances de capa que resultó volteado. Fuentes y «Bombita» estaban asustados. Llegó la hora de matar, y Montes, sin tomar en consideración los «avisos» que le había hecho el astado, ni las advertencias de sus compañeros, arrancó a matar desde cerca y despacio, «re-

creándose en la suerte», saliendo prendido por la pierna derecha. Camino de la enfermería dejó un gran reguero de sangre.

Trasladado al hotel en que se hospedaba, sus compañeros Fuentes y «Bombita» le hicieron asistir por los mejores especialistas, quienes diagnosticaron que, aun cuando la lesión era gravísima, podía salvarse. Días después le sobrevino una infección general, aumentó la fiebre y falleció.

No fue esto sólo. Embalsamado el cadáver, fue trasladado a la capilla del cementerio de Méjico, donde quedó alojado hasta el día en que había de ser trasladado a España. Durante la noche se levantó un ventarrón, y, como las ventanas estaban abiertas, los cirios, empujados por el aire, cayeron sobre el féretro, haciendo presa las llamas en el cadáver, dejándolo destrozado. Ahora bien, puede decirse que los restos de Antonio

tiva el 28 de octubre de 1898. La afición madrileña estaba encantada y el torero satisfecho de sí mismo; pero esto duró poco, desgraciadamente.

En Barcelona, el 7 de octubre de 1900, un toro de Miura que atendía por «Desertor» y fue lidiado en primer lugar, salió «rebotado» de un puyazo y atropelló a «Dominguín», en presencia de «Algabeño», dándole una cornada mortal. Sólo duró unas horas. Su cadáver fue trasladado a Madrid, donde se hizo un entierro y funeral magníficos.

La otra presentación, con la que hemos de terminar este trabajo, se refiere a Manuel Mejías, «Bienvenida», que tuvo efecto en la Plaza de Madrid el «18 de diciembre de 1898», ya cumplidos los catorce años, matando dos erales. De este espectáculo publicó lo siguiente el semanario *Sol y Sombra*: «Se pre-

De hace ocho lustros y más

DOS NACIMIENTOS Y DOS PRESENTACIONES

Montes fueron, al fin, trasladados a Sevilla, y allí recibidos con una verdadera manifestación de duelo.

Desde la desaparición de los ruedos de Cayetano Sanz andaba la afición madrileña atisbando con largos catalejos el horizonte taurino en busca de un torero que lo fuese y hubiera nacido, mejor que en la provincia, en el propio Madrid. El tiempo pasaba, hasta que ya en el año 1873, el día 12 de junio nació en esta capital el que había de llamarse Domingo del Campo, «Dominguín» de apodo, y ser buen torero, contra la voluntad de su padre, honrado y competente obrero de la Compañía de Ferrocarriles del Norte.

Vencida la oposición del padre, Domingo abandonó el taller donde trabajaba y se dedicó de lleno al aprendizaje del arte taurino. Hizo su presentación en Madrid el «17 de diciembre de 1893» y tomó la alterna-

sentó en el ruedo «Bienvenida Chico» un niño que, por lo que esa tarde le vimos hacer, es de los que, con ayuda del tiempo, llegan a ser buenos toreros. Tiene «hechuras», mucha habilidad y, en lo que cabe, dada su juventud, está valiente y fresco delante de los bichos. Mucho nos gustó su toreo, adornado y desenvuelto con el capote; quebró superiormente un par de las cortas en el primer becerro, y con la muleta le vimos rematar varios pases con no poco arte; y en el segundo, cuya muerte brindó a la célebre artista Paula Montes, entró a matar con mucha decisión, agarrando una buena estocada y saliendo limpio de la suerte. Cosechó el «nene» muchos aplausos, cigarros y monedas por lo bien que entretuvo a la concurrencia.

La amplia e interesante historia de don Manuel Mejías Rapella no corresponde a este momento.

DON HELIO



Domingo del Campo, «Dominguín»



Manuel Mejías, «Bienvenida»

POEMAS TAURINOS

EL TORO DEL SILENCIO (Córdoba)

A LUIS POTTI.

En cada rincón, un toro...
cada pisada, una cita,
cada sombra, un lance largo,
¡Córdoba de Plaza antigua!...
¡Qué desfile de jinetes!
¡Qué clamor de caballistas!
En los tendidos de Córdoba
ha de entrarse de puntillas...
Y es que el toro es de silencio,
de fuente clara y dormida,
de desgana perezosa,
de frase cortada y fría...
La muerte tiene un cartel
con un fondo de Mezquita,
y con tres nombres de sangre

de rara caligrafía...
«Lagartijo» llega tarde,
no le gusta la divisa...
El «Guerra» llega con hora...
el tiempo es sombra y él, día...
Manuel, con el tiempo justo,
estrenando la sonrisa...
Tres de Córdoba... Tres frisos...
¡Córdoba de Plaza antigua!
A eso de la media tarde
da comienzo la corrida...
Ya los toros del silencio
presagian las taleguillas.
Ya «Lagartijo» torea,
¡y qué columnas vacilan!
Ya Rafael va cortando

el sol con las banderillas.
Ya Manuel... ¡Pobre Manuel!,
matando su propia vida.
¡Qué cartel de feria azul!
¡Qué soledades macizas!
¡Qué tres coplas para pocos!
¡El cante es cosa distinta!
Yo estaba solo en la Plaza,
la Plaza estaba vacía...
En los rincones del vino
lloraba una «siguirilla»...
La noche me vió llorando
el cartel de mi mentira...
¡Qué cartel para el silencio
de Córdoba, Plaza antigua!

MANUEL MARTÍNEZ REMIS

TOREROS DE INVIERNO

A FLORENCIO LLANOS.

En la mesa del café:
«coletudos» sin contratas,
millonarios sin «aparné»...
La sonrisa pensativa:
—En las ferias de este año
tomaré la alternativa.
—He de elegir el «ganao»
con casta, genio y poder,
astifino y «recortaon».
—Si sale como presumo,
y está la suerte de cara...
¡Voy a quitar muchos humos!
La tertulia escucha y calla.
Olor a malos cigarros
adobado con cazalla.
Mientras el «diestro» comenta,
el camarero le apunta
el café y la copa... a cuenta.
Llueve tras de los cristales,
mientras fuman fantasía
los toreros invernales.
Y, sin embargo, yo sé
de esa tragedia aburrida
del torero de café.

Al que no queda un amigo
y lleva vuelta la vida
igual que lleva el abrigo...
Que cita con el engaño,
entre burlas y entre veras,
al toro de cada año...
Yo tengo respeto y pena
por los toreros de invierno
con tantos sueños de arena...
Porque lucen su majeza
en los carteles de llanto
de una feria de pobreza...
Si yo pudiera, al oído,
decirles que con estrellas
están bordando un vestido...
Si pudiera..., si pudiera
robarle sombra al invierno
para hacerles la montera...
Me gustaría mentir,
acercándome a su mesa,
para poderles decir:
—Frente a todas las razones,
poneos el traje de oro...
¡Que están inventando un toro
para las desilusiones!

LA ganadería de Coquilla, que durante sus cuatro primeros lustros de existencia no logró salir de un modesto plano, empezó a destacarse de forma vigorosa a partir del año 1922, alcanzando al poco tiempo, en rápida ascensión, las más altas cumbres de la fama. Y no por casualidad o por capricho de la fortuna, sino por la inteligencia y afición de un admirable ganadero, de un hombre íntegro, bondadoso y desprendido que se llamó don Francisco Sánchez, conocido familiarmente por «Paco Coquilla», al que la suerte se le mostró esquiva después, tratándole de manera un tanto despiadada.

En los comienzos del corriente siglo y en la dehesa de Coquilla, muy próxima a Salamanca, formó don Andrés Sánchez Rodríguez la ganadería objeto de estas líneas, con vacas oriundas de la ya desaparecida de don Faustino Udaeta, adquiridas a don Juan Rico, vecino de Candelario.

Presentó don Andrés las reses en la Plaza de Salamanca, por primera vez, en corrida de toros y con divisa amarilla y verde, el día 5 de septiembre de 1905, y dos años más tarde agregó a la torada una punta de vacas del duque de Veragua, y, en 1909, otra punta de hembras y dos sementales de Carreros.

Sobre el año 1912 se hicieron cargo de la vacada los hijos de don Andrés, a nombre de cuyos señores se corrieron novillos de dicha ganadería, por primera vez en la Plaza de Madrid, por los entonces novilleros Pedro Carranza, «Algabeno II», Eusebio Fuentes y Matías Lara, «Larita», el 20 de julio de 1913. Y al año siguiente, también en la misma Plaza de la Carretera de Aragón, presentaron un toro en la corrida concurso de ganaderías salmantinas, celebrada el 20 de septiembre, toro que, por votación popular, obtuvo el premio ofrecido por la empresa.

No satisfechos los hijos de don Andrés Sánchez Rodríguez del resultado de sus reses, decidieron,



Ganaderías célebres

La de COQUILLA



Don Paco Coquilla, con el mayoral de su ganadería, en los corrales de la antigua Plaza de Madrid

en 1916, eliminarlas, reemplazándolas ese mismo año por vacas del conde de Santa Coloma y del marqués de Albaserrada y sementales de ambas procedencias, consiguiendo de la nueva ganadería excelentes productos que proporcionaron resonantes triunfos a la divisa.

Posteriormente, y hasta el año 1934, la vacada figuró al solo nombre de don Francisco Sánchez, de Coquilla, el que por circunstancias adversas se vió en la necesidad de desprenderse de la misma, enajenándola en cuatro lotes que fueron adquiridos por don Justo Sánchez Tabernero (para sus hijos, los señores Sánchez Fabrés Hermanos); don Santiago Ubago, don José María López Cobo y los señores Villagodio Hermanos.

El cartel que tuvieron los toros de Coquilla fué

algo excepcional. Los éxitos se sucedían como cadena sin fin, dando lugar a que un calificado crítico como «El Timbalero», en su libro *Los toros de mi tierra*, escribiera al final de la temporada de 1928:

«La ganadería de Coquilla triunfó tan esplendorosamente que su triunfo repercutió en todo el mundo taurino, gozando de un prestigio y de una popularidad verdaderamente extraordinarios. Ninguna ha llegado a superar a la vacada de Coquilla en popularidad y estimación.»

Y el competente escritor «Uno al Sesgo», en el resumen *Toros y toreros en 1931*, comentaba así la campaña de la vacada salmantina:

«Y sigue don Francisco Sánchez, de Coquilla, dando toros de primera calidad, bravos y nobles, en una proporción realmente extraordinaria, por lo que su divisa continúa figurando en el reducidísimo número que se disputan empresas y toreros, y son para el aficionado una garantía de diversión.»

Difícilmente habrán olvidado los aficionados maduros aquellos toros de Coquilla, no de mucho cuerpo, pero sí finos, bravos, codiciosos y nobles, con los cuales alcanzaron éxitos apoteósicos casi todas las figuras comprendidas en el decenio 1924-1934.

Entre infinitos animales de bandera enviados a las plazas por don «Paco Coquilla» vienen a nuestra memoria un «Malacara», lidiado en Madrid el 19 de mayo de 1928; un «Cara de rosa», corrido el 25 de junio del mismo año en Málaga; un «Miracielos», que se jugó el 25 de agosto de 1929 en San Sebastián; un «Lavadito», en Madrid, el 17 de mayo de 1930; un «Madroño», ganador del toro de oro de Benlliure, el 23 de agosto de 1931 en San Sebastián; un «Bonarillo», en Madrid, el 6 de septiembre de igual año, etc., etc.

Sin embargo, las jornadas más gloriosas para la ganadería se registraron los días 25 de abril y 1 de junio de 1926 en la Plaza de Madrid.

En la primera tarde se lidiaron seis estupendos ejemplares por las cuadrillas de Marcial Lalandá, Nicanor Villalta y Martín Agüero, sobresaliendo dos toros bravísimos —«Diablito» y «Tramillero»— a los que se ovacionó con delirio, dándosele a «Tramillero» dos vueltas al ruedo. Y la segunda tarde, corrida a beneficio del Montepío de Toreros, en la que alternaron «Valencia II», Márquez, Marcial y «Niño de la Palma», el triunfo de los toros y de los espadas constituyó un espectáculo raras veces presenciado en Madrid, pues el público hizo bajar a la arena a un hermano del ganadero, obligándole a dar la vuelta al ruedo en compañía de los cuatro espadas.

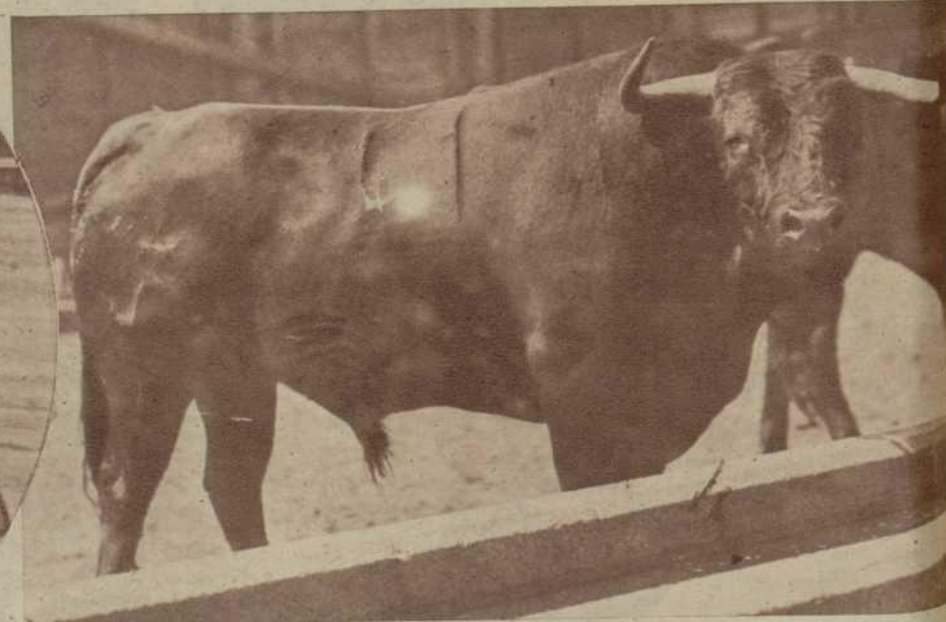
Esta es la breve referencia de la célebre vacada de Coquilla, desmembrada hace más de veinte años en cuatro ramas, de las que por lo menos dos de las mismas —Sánchez Fabrés y Villagodio— conservan actualmente en toda su integridad la savia de aquella famosa ganadería salmantina.

A.



Gráfico de la ganadería de Sánchez Fabrés, antes de Coquilla, según lámina de una obra en preparación de Areva y Ferrari

Corrida del Montepío de Toreros —1 de junio de 1926— y tarde memorable para la divisa de Coquilla. Un hermano del ganadero, con los diestros «Valencia II», Márquez, Marcial y «Niño de la Palma», después de dar la vuelta al ruedo



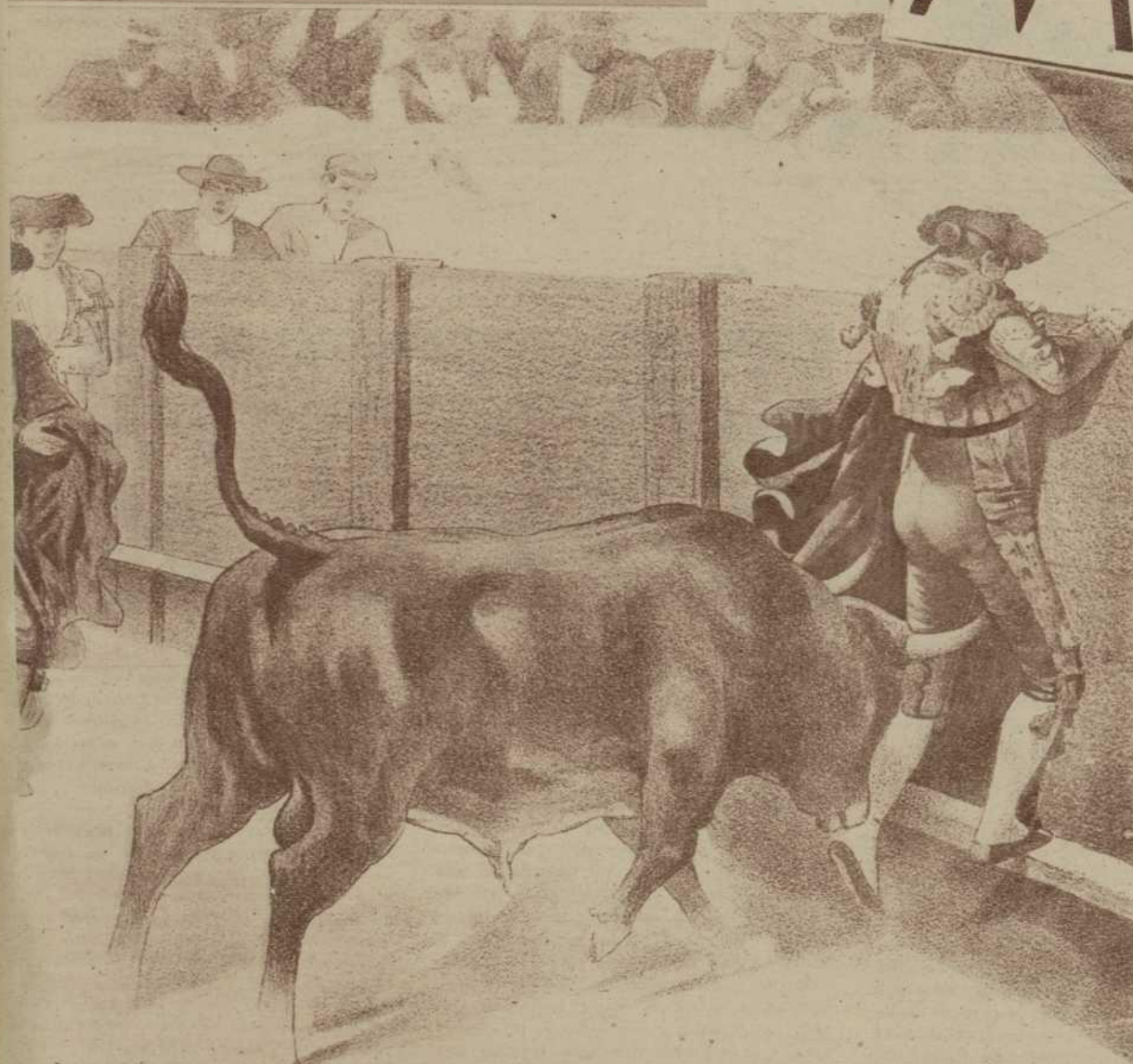
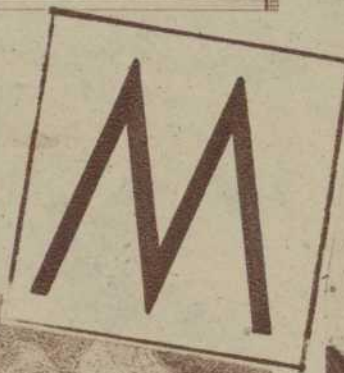
Uno de los magníficos y bravos ejemplares de Coquilla que se lidiaron en la corrida del Montepío de Toreros, la tarde del 1 de junio de 1926, en la Plaza de Madrid

Lebres y toros famosos

«CACHURRO»

Retinto, buen mozo y bien puesto de cuerna. Divisa encarnada. Ganadería de don Victoriano Ripamillán, de Ejea de los Caballeros (Zaragoza). Toro lidiado en Guadalajara el 15 de octubre de 1896 por las cuadrillas a las órdenes de los espadas Emilio Torres, «Bombita», y Juan Gómez de Lesaca.

Hierro de la vacada de Rip: milan



Cogida de Lesaca en Guadalajara. Dibujo de «La Lidia»

El primitivo cartel de la corrida en que fué lidiado este toro lo componían los espadas Antonio Moreno, «Lagartijillo», diestro granadino de alguna fama en su tiempo, y el sevillano Emilio Torres Reina, primero del triunvirato de los lidiadores apodados «Bombita», buen torero y excelente espada, que tuvo temporadas felices y de matador de alternativa conservó el gran cartel adquirido de novillero, hasta que un toro de Miura le dió en una cogida tan gravísima cornada que terminó con sus arrestos, descendiendo tan rápidamente que desde entonces pudo ser considerado como una ruina artística. Perdón por este preámbulo, pero Emilio Torres merece esas líneas como homenaje a su memoria, siquiera fuese en obsequio a la eficaz labor desarrollada en tarde tan infausta como la que hemos de reseñar.

Herido el espada Antonio Moreno días antes de la fecha de la corrida en esta ciudad alcarreña, fué sustituido por el espada Juan Gómez de Lesaca, simpático muchacho, de enorme afición, hijo de familia bien acomodada, que sacrificó al arte una brillante carrera y un excelente porvenir. Fué un lidiador de tanto arrojo como escasa fortuna, pasando su nombre a figurar entre el de los mártires de la profesión taurina.

Era Lesaca recién doctorado en el oficio y mostrábase tan deseoso de abrirse paso entre los de su categoría que a veces se aventuraba a temeridades en su deseo de agradar, teniendo que ser cariñosamente amonestado por sus compañeros, como ocurrió en el primer toro de esta corrida al intervenir en uno de los cuites.

Veamos cómo ocurrió la tragedia.

En segundo lugar de la corrida dióse suelta a «Cachurro», toro de buena lámina y de cinco a seis años. Con bravura hizo el animal la primera pelea con los piqueros, y como éstos remoloneasen un poco antes de entrar nuevamente en suerte, Lesaca, impaciente y sin tener en cuenta la proximidad del animal, volvió la cabeza para ordenarles el cumplimiento del deber.

El toro, que vió moverse al diestro, se arrancó sobre él rápido, persiguiéndole hasta las tablas. No las saltó Lesaca, sin duda suponiendo que «Cachurro» seguiría su viaje al hilo de las mismas, pero se equivocó: el toro hizo por el bulto y le dió la cornada, cayendo el herido al callejón de la barrera.

Los facultativos de servicio certificaron la gravedad del infortunado diestro. La operación quirúrgica fué bien realizada, pero alguien dispuso el traslado del herido a Madrid, lo que agravó su estado, ocasionando su muerte momentos después de instalado en el hotel en que tenía su residencia en la capital.

El toro «Cachurro», como toda la corrida, fué estoqueado por Emilio Torres, quien supo conservar la serenidad precisa para infundir ánimo a las atribuladas cuadrillas.

Veamos ahora el historial de la vacada de que salió el toro causante de la tragedia.

La ganadería que poseyó don Victoriano Ripamillán fué fundada en los años medios del siglo XIX por el labrador de Ejea don Severo Murillo, utilizando vacas bravas de la tierra y unos sementales navarros.

La competencia, el esmero y cuidado del señor Murillo y los feraces pastos de las dehesas de su propiedad hicieron que muy pronto se destacase este ganado entre los que en Aragón se criaban, y luego que dió en su tierra unas corridas a prueba, las empresas apresuráronse a solicitar el ganado, lidiándose en Levante, Cataluña y plazas del Norte.

Tal severidad empleaba don Severo en las tientas de sus reses, que en los muchos años en que poseyó la vacada, en las muchas corridas que vendió, pues la piara era numerosa, no se dió jamás el caso de ser devuelto al corral toro alguno por defectuoso, por mal presentado, ni con ellos se empleó un solo par de banderillas de fuego, lo que dice mucho en favor del criador aragonés.

Al señor Murillo le compró la vacada con todos los derechos don Gregorio Ripamillán Sanz, y al morir este señor, vilmente asesinado, pasaron las reses a poder de don Victoriano, que la poseía desde el año de 1882, esmerándose, como el fundador, en que no decayese la fama de la divisa, y en poder de este señor se hallaba cuando ocurrió la tragedia relatada. El pelo más generalizado en las reses de Ejea era el retinto y el colorado, saliendo también algunos cárdenos y berrendos.

Tenemos referencias de magníficas corridas de este ganado lidiadas en Zaragoza, Valencia, Palma, Barcelona, Alicante, San Sebastián, etc.

El hierro que empleaba don Victoriano es el mismo del fundador de la vacada.

CURRO MONTES

LEA USTED MARCA

La revista de los deportes

Brandy
"Espléndido"

Siendo
GARVEY
es exquisito

MIRA, Luisito: Todo en este mundo tiene un nacer; un crecer; un conservarse; un decaer y un morir. Esta regla alcanza a las personas, a las plantas, a las cosas... ¡a todo! Y como no podía menos de suceder, a las costumbres. Cuando una costumbre fenecía, vienen después las lamentaciones y el deseo de restablecerla, por parte de quienes la conocieron en todo su esplendor y no se resignan a verla perdida, porque comprenden que, con la tal costumbre, se fué parte de su vida, y no una parte cualquiera, sino precisamente un gran trozo de juventud.

Me miras como diciendo: ¿Adónde irá a parar este anciano con sus *disvareos*? Pues a un asunto de toros, como siempre. Vamos a Toledo, a la corrida que dimos allí el 19 de agosto de 1916, la cual califico de histórica por lo que ahora verás. Puedes figurarte mi cara de asombro cuando tu padre me hizo sabedor de que la empresa de dicha Plaza quería que los seis toros fueran por vereda, como antiguamente. Al encargarme de que yo hiciera todos los preparativos propios del caso, me dijo:

—Supongo que este viaje te agradará mucho.

—Pondré en él una de las mayores ilusiones de mi vida... ¡Como que me quita de encima casi cuarenta años!

Arrancamos de «Los Linarejos» en las primeras horas del día 14. Los toros no dieron un ruido en toda la jornada. Salieron retozones a la *caña*, pero, en cuanto el calor empezó a dejarse sentir, se aplozaron, cogieron su paso y no nos dieron guerra ninguna. Los inconvenientes pronto nos dimos cuenta de que venían por otro lado. Las coladas cada vez se presentaban más confusas y borrosas. En nuestra tierra, las tapias valen un valer para la conservación de las vías pastoriles, que además se usan, con ganado bravo y monso, sin parar. Pero en donde no abundan ni la piedra ni las reses, la cosa tiene otro cariz, y los agricultores, ansiosamente, cada vez que labran echan un surco más, para aprovechar los últimos momentos de la jornada de trabajo, y se van *merendando* la colada, así como el que no quiere la cosa. Y aún había un inconveniente mayor, que era la frialdad con que nos acogían en los pueblos por los cuales íbamos pasando.

Confieso que en este punto me equivoqué de medio a medio, pues yo creía que nuestro paso iba a ser un acontecimiento y resultaba que, lejos de ello, nos tomaban poco menos que por locos.

—¡Al demonio se le ocurre venir andando con los toros como en los tiempos de Maricandaja!

—¡Con los *cambriones* que habrá en Madrid sin hacer porte ninguno!

Yo creía que, por lo menos, saldrían los más viejos a los caminos, para recordar sus buenos tiempos, y los más jóvenes, para contemplar por primera vez un encierro «de verdad», y no lo que estaban acostumbrados a ver en las funciones de aquellos lugares... Pero lo cierto es que nadie se estremecía. Todo esto, en sí, no nos daba ni frío ni calor; pero lo malo del caso es que no nos auxiliaban lo más mínimo. Nadie quería dar, por su válida, se entienda, pienso, ni paja, ni forraje. No encontramos sitio a propósito para el sesteo del ganado, o para pasar la noche. Hasta lo que necesitábamos las personas se nos regateaba. Los vaqueros más jóvenes decían:

—¡Oiga usted! ¿Esto era así siempre?

—¡Quita allá, hombre! Antes la gente se desvivía por atendernos. Sabíamos de antemano quién podía proporcionar la

ceba y el verde y cuál era la posada menos mala, y en donde podía descansar el *ganao*. Los habitantes de los pueblos nos salían a esperar y caminaban buen trecho con nosotros, hasta despedirnos. Por los sitios veías una afición al toro *disforme*... ¡pero anda que ahora!

Menos mal que, como dice el refrán, siempre que llueve, escampa. Lo digo al tanto de que cuando, al atardecer del segundo día, hacíamos una descubierta Casiano y yo, para ver por dónde demonios seguía una *colá*, que estaba por demás de enredosa, vimos venir hacia nosotros un par de hombres, del oficio, a caballo.

—Parece el mayoral de Veragua—dijo mi acompañante.

—¡Como que es mismamente «el Sastre»!

Nos saludamos con gran satisfacción, y yo, viendo el cielo abierto, le dije:

—Pues ahora una pregunta, ya que la casualidad nos ha puesto frente a frente.

—¡Nada de casualidad! El señor duque nos ha dicho que los esperásemos a *ustés* en la raya de la provincia de Toledo y que ya no los abandonáramos hasta dejar *cerraos* a los toros en la Plaza, utilizando a sus relaciones para todo lo que sea menester.

La presencia del «Sastre» y de su compañero nos valió un potosí, porque ya nos juntábamos gente de sobra para gobernar a los animalitos, que seguían sin dar un ruido, y mientras unos atendían a la conducción, otros íbamos, a tiro hecho, en busca de lo que hiciese falta. Los caminos borrosos volvían otra vez a pintarse en el terreno, y el nombre del duque era un santo y seña que *to* nos lo facilitaba.

—¡Qué contento se va a poner mi señorito cuando se lo diga!

—El señor duque es una gran persona, y a don Julián le tiene mucha ley: y,



* CUENTOS DEL VIEJO MAYORAL *

LOS AÑOS —¡AY!— NO PASAN EN BALDE

sobre *to*, que hoy por ti y mañana por mí. ¡Quién sabe si un día necesitaremos, como antiguamente, una finca en Colmenar para que haga noche un *ganao* que vaya de paso!

—Pues lo mejor que tengamos entonces os servirá para el *objeto*.

A la caída de la tarde del cuarto día llegábamos a las afueras de la capital. El encierro fué digno de verse. Dicen que la postura de sol en Castilla es más hermosa que en ninguna otra parte de España. Todo el mundo está al cabo de la calle de que Toledo es una joya. Y nosotros bien sabemos lo precioso y emocionante que resulta un encierro. Pues pongamos, como si dijéramos, las tres vistas en cristal y con colores, una sobre otra, y a la fuerza tiene que resultar una maravilla... ¡Que se lo pregunten a unos franceses, que venían hacia Madrid en automóvil, y a los cuales tuvimos que decir que se retirasen a un *lao* de la carretera y que se estuviesen quietecitos!... Al principio sentían miedo y protestaban; pero luego debieron de quedar encantados. Aunque no entendimos nada de lo que decían, se veía que estaban satisfechos de haber visto gratis un espectáculo sensacional.

Por cierto que de Toledo salió un verdadero tropel de gente a caballo (y también a pie) para ayudarnos. Y a fe que lo consiguieron, a base de obedecer nuestras indicaciones para que, al menos, no estorbasen.

El último trayecto lo hicimos carretera adelante, y al llegar a la Plaza, como la calle estaba *cortá* con un parapeto de carros y tableros, dobló el cabestrage a mano derecha, y los seis toros entraron en los corrales como corderitos.

Por cierto que —¡lo que es la fama!— ya sabían en Toledo que uno de los bichos se dejaba *arrascar* por el hatero y quisieron que allí mismo, en los ejidos, hiciese el muchacho la *movición* delante de todo el personal; pero tanto el «Sastre» como yo le regañamos, a fin de que se estuviese quieto, pues no es lo mismo tratar a los animales a solas, en pleno campo, que cuando ya están *soliviantaos* y como sobre aviso. El que lleva los

hatos en la mula, ya se sabe que es el último en la *conducción*; el muchacho aquel no tenía gran costumbre de andar entre los toros, pero dió la *causalidad* de que uno de ellos eran tan calmoso, que apenas *navegaba*; parecía una madamita a quien le aprietan los chapines, que así de cuidadito caminaba.

Por tal motivo se hicieron muy amigos, al estar siempre juntos en el *trayecto*. Primero le tocaba con un palo; luego ya se decidió a darle azotes, y por fin le llegó a manosear la tripa, lo cual que al animal, no sólo no le importaba, sino que se detenía y enarcaba el lomo, lo mismo que los gatos.

Fué un gran toro y le mató «Gallito» en cuarto lugar. Le toreó superiormente con la capa, sobre todo en los quites, y le puso cuatro pares de banderillas, después de hartarse de jugar con él: el primero, de frente; segundo y tercero, al cuarteo, y el cuarto, al sesgo, porque el animalito se había aplomado. Con la *muleta* hizo locuras. Recuerdo que le tiraron muchos sombreros; cogió uno de ellos y dió en la treta de colgárselo al toro en un pitón, a la ida de un pase, y quitárselo a la vuelta, para ponerle en el otro cuerno, y esto lo repitió varias veces, entre el delirio del público. Le mató de un pinchazo muy bueno y una estocada superior, ¡y no le dieron la oreja! El *busilis* está en que aquéllos eran otros tiempos...

A la vuelta, echamos los bueyes por delante, y cuando la conversación fué a menos, yo, medio dormido, recordaba otras conducciones por vereda a Vitoria, a Bilbao, a Logroño, pensando que los años no pasan en balde y que hay que bailar al son que nos tocan. Cuando me acordé de que la corrida de Valladolid —que era la primera— iría en sus jaulas tan ricamente..., no pude por menos de lanzar un gran suspiro de satisfacción, y para tranquilizar a mi conciencia, dije en voz alta, para que me oyeran bien: ¡A la fuerza ahorean!

LUIS FERNANDEZ SALCEDO

(Ilustración de Antonio Casero.)

Cada domingo

SUCEDIO...

La gran revista semanal
del hogar y de la mujer

LOS TOROS EN LA LITERATURA UNIVERSAL

LOS AFICIONADOS FRANCESES Y SUS ELOGIOS

HEMINGWAY, EN PAMPLONA

El tema de los toros es un tema popular, un tema folklórico, que nadie, entre no otros, pretende justificar, porque es tradicional que las gentes gusten de estos festejos. Por eso los mejores elogios vienen de más allá de nuestras fronteras. Creo que nosotros, los españoles, podemos ser los mejores y más ensañados detractores de la Fiesta de toros; pero somos los peores cantores de sus excelencias.

Casi siempre las críticas extranjeras de los toros se fundan en motivos pueriles; las que podemos plantear nosotros tienen una intención maligna, que nace de un conocimiento completo de lo que hay vulnerable en toreros, ganaderos, público y demás actores de la Fiesta.

He oído y he leído lo que algunos aficionados franceses opinan de los toros como festejo típicamente hispano: «En esta lucha entre el hombre y el toro, los españoles ven la lucha entre el espíritu y la materia y la victoria final del alma sobre el cuerpo, porque España es la nación mística por antonomasia.»

Hasta aquí, el elogio amplio y sincero hacia nuestra comunidad; luego, a continuación, otras palabras de admiración, de significado universal, pero con sentido limitado: el toro como arte. El toro es la síntesis de muchas artes. La pintura en el color, la escultura en el grupo plástico de toro y torero; la danza en los movimientos; graciosos y medidas elegantes y enérgicas de hombre y bestia. Es una reunión de musas ante un público expectante: Terpsícore, Euterpe y Erato en un alegre grupo de vida y muerte.»

Otro ejemplo de auténtica crítica elogiosa lo tenemos en el norteamericano Hemingway, escritor práctico, notable narrador de hazañas y sucesos por él mismo vividos, premio Nóbel y gran aficionado a los toros. Este literato yanqui escribió un libro hace más de veinticinco años, dedicado a los festejos con que Pamplona celebra el día, mejor dicho, la semana de San Fermín. Los comentaristas encontraron motivo para sus artículos en unos cortos pasajes en que el autor se dedica a examinar técnica y moralmente a un diestro que Hemingway llama Pedro Romero; y que el editor norteamericano identifica con un lidiador natural de Ronda.

Prescindiendo de estos capítulos puramente episódicos, y ordenando un poco los párrafos que me parecen más interesantes, transcribo lo que para Hemingway era un día de jolgorio en Pamplona. ¿El título de la obra? «Fiesta».

Al mediodía del sábado 6 de julio, la fiesta estalló... Gritos, ruido de bandas, mozos con boinas, pañuelos al cuello, camisas y pantalones blancos saltando rítmicamente y bebiendo sin parar; así tarde y noche. Desencajona-

miento de los toros, y a la madrugada del día siguiente, el encierro: «La gente corría. De la multitud se elevaba un gran grito, y vi a los toros salir y seguir por el largo corral entre las empalizadas. Iban apremiados, persiguiendo y empujando a la multitud. Justamente en ese momento, un borracho se separó de la cerca con una blusa en la mano y quiso capear a un toro. Había tanta gente corriendo delante de los toros que la masa se condensó y se hizo más lenta al pasar a través del portal de los corrales cuando los toros llegaban galopando en montón, pesadamente, con los flancos llenos de barro



Hemingway



y balanceando los cuerpos. Pasaron sobre aquel montón humano y entraron en el redondel. Podía apreciarse la gravedad de lo que ocurría por la intensidad del chillido; después se oyó el cohete, que significaba que los bueyes habían sacado a los toros del ruedo y se los habían llevado a los corrales.»

Dice Hemingway que la gran atracción de la tarde era la actuación de Juan Belmonte, un diestro que pisaba el terreno del toro, pero que, por aquel entonces se hallaba bajo de forma por el peso inexorable de los años. Aquello le había acentuado su sonrisa de lobo y, todavía más, lo saliente de su barbilla. Hemingway no es precisamente un «belmontista», pero sí un gran aficionado...

...«Estuve sentado al lado de Brett y le expliqué las diversas suertes. Le dije que observara al toro y no al caballo cuando el toro cargaba al picador. Y le hice ver cómo éste clavaba su pica de manera que ella comprobara cómo se desarrollaba la suerte, y se dió cuenta de que estaba contemplando algo con una finalidad definida y no un espectáculo con horrores inexplicables...»

Romero no hacía contorsión alguna; siempre estaba recto, puro, natural. Los otros toreros se retorcan como sacacorchos con los pies levantados y se apoyaban contra los costados del toro después que el cuerno había pasado... Brett vió algo que era hermoso, si se hacía cerca del toro; era ridículo si se hacía a una prudente distancia...

En el centro de la arena, Romero se perfiló frente al toro, sacó el estoque de entre los pliegues de la muleta, se levantó sobre la punta de los pies y di-

rigió su visual a lo largo de la hoja del estoque. El toro embistió al entrar Romero. La mano izquierda de Romero dejó caer la muleta sobre el hocico del toro para cegar, y su hombro izquierdo se adelantó entre los cuernos al clavar el estoque. Por un instante, él y el toro fueron uno; Romero, estirado y recto encima del toro, el brazo derecho extendido, muy alto, hasta donde la empuñadura del estoque había llegado, en el morrillo, en la cruz. Después se rompió el grupo. Hubo una pequeña sacudida cuando Romero se despegó, y luego se quedó parado, una mano levantada, frente al toro, con la camisa rasgada, lo blanco agitándose en el viento, y el toro, la roja empuñadura del estoque en la cruz, bajando la cabeza y doblándose las patas...

«Habían enganchado las mulillas al toro muerto; los mozos chasquearon los látigos, las mulas, tirando hacia adelante con las patas estiradas, empezaron a galopar, y el toro, con un cuerno hacia arriba y la cabeza de lado, formó un suave surco en la arena y desapareció, arrastrado, por el portón.»

Fuera del redondel la fiesta seguiría: bailes, fuegos artificiales y buen correr de vinos y licores, hasta que el pamplonico entonase el «Pobre de mí...»

Todos estos juicios nos demuestran que el pensar que nuestra Fiesta se acaba, que está en peligro de desaparecer o transformarse en un absurdo espectáculo, se queda para nosotros, que no sabemos ensalzar lo que es nuestro por herencia y por espíritu.

Plaza de Toros de GRANADA

Se admiten proposiciones hasta el día 20 de enero para el arriendo de dicha Plaza, a base de participación en los ingresos. El pliego de condiciones puede examinarse en la oficina de la Sociedad propietaria, Avenida del Dr. Oloriz, Plaza de Toros, Granada.

El Consejo de Administración.



Por los rúedos del MUNDO

CORRIDAS DE ULTRAMAR

Triunfo de César Girón y Paco Mendes en a México.- Cascales cortó tres orejas en Cuernavaca. - Jesús Córdoba y Paco Mendes torearán en la Monumental.- Inauguración de la Plaza de Pamplona en Colombia

MEJICO

TRIUNFO DE GIRON Y MENDES

En Méjico se ha celebrado el pasado domingo, la cuarta corrida de la temporada en la Plaza de Méjico, lidiándose toros de Torrecilla.

Manuel Capetillo cumplió en su primero, y con su segundo estuvo voluntarioso, pero pinchó numerosas veces y oyó un aviso. Recibió un puntazo y pasó a la enfermería.

César Girón trasteó maravillosamente a su primero, intercalando pases de todas las marcas, entre ellos magníficos naturales sin enmendarse, entre ovaciones y música y a los gritos de «Torero! ¡torero!». Dos pinchazos y estocada. Ovación, oreja y petición de la otra. Dos vueltas al ruedo y saludos. En el quinto se mostró pundonoroso, adueñándose del toro. Series de naturales que fueron aclamados por los espectadores, adornos, estocada y descabello. Ovación y petición de oreja. Dos vueltas al ruedo.

Paco Mendes estuvo superiorísimo con el capote en su primero, ratificando la alternativa. Muleteó con admirable clasicismo, alternando series de derechazos y naturales rematados con el de pecho. Estocada superior. Gran ovación, oreja y petición de otra. Dos vueltas al anillo. En el sexto realizó un trasteo eficaz y mató acertadamente. Ovación.

Girón fué paseado a hombros, lo mismo que Mendes.

CORRIDAS EN LOS ESTADOS

En Acambaró se lidió ganado de Santa Verónica.

Carlos Vera cortó oreja al primero y las dos orejas y el rabo al segundo.

Paco Castro, valiente. Cortó un apéndice.

OTRA VEZ BETTY

En Ciudad Juárez actuó la señorita torera Betty Ford, que muleteó y mató superiormente. En el primero, oreja y en el segundo, aplausos.

Félix Noble cortó apéndice en uno y cumplió en el otro.

Porfirio López fué aplaudido en sus dos enemigos.

TRES OREJAS A CASCALES

En Cuernavaca se lidiaron toros de Xajay.

Humberto Moro fué ovacionado en el primero y en el segundo realizó una faena por naturales, que remató con una estocada. Cortó las dos orejas y el rabo.

Manolo Cascales realizó una artística faena al segundo, del que cortó las dos orejas. Cascales hizo una variada faena al cuarto, durante la cual recibió un puntazo en la boca, pero siguió toreando. Mató de una estocada y cortó oreja.

OREJA A PROCUNA

En Guadalajara se lidiaron toros de La Punta.

Alfonso Ramírez, «Calesero», tuvo artísticos detalles en sus dos enemigos.

Luis Procuna toreó magníficamente al segundo, que mató de una estocada. Oreja. En el quinto estuvo superior y dió dos vueltas al ruedo.

Mañolo Velázquez se mostró valiente y torero en sus dos toros.

CORRIDA EN MONTERREY

En Monterrey se lidiaron toros de Go-Iondrinás.

Curro Ortega fué aplaudido en sus dos toros.

Jesús Gracia realizó una gran faena a su primero y en el otro estuvo superior.

Eliseo Gómez, «el Charro», muy bien en sus dos enemigos.

TRIUNFA JOSELITO HUERTA

En Orizaba se lidiaron toros de Zotoluca.

Juan Silvetti se mostró valiente en sus dos faenas y mató a sus dos toros brevemente.

Joselito Huerta realizó una magnífica faena al segundo, con pases variados, siendo ovacionado. Con el estoque no tuvo suerte, pero fué ovacionado también.

En el quinto muleteó espléndidamente, realizando una gran faena, la que remató con una estocada. Cortó las dos orejas y el rabo.

Antonio dos Santos hizo un gran trasteo a su primero, al que dió fin de pinchazo y estocada, otorgándose una oreja. En el sexto no pudo hacerse el portugués con el bicho, que se había inutilizado durante la lidia.

ABRAHAM Y LEVIN, EN REINOSA

En Reinosa se lidiaron novillos de Plaza. Abraham Saucedo, oreja en sus dos enemigos.

José Levin, cumplió.

CONTRATADOS EN MEJICO

El día 8 del actual está contratado en la Monumental Méjico el matador portugués Paco Mendes, que despachará, con un matador mejicano y otro español, una corrida de toros de La Punta.

También con el empresario doctor Gao-na, y para la Plaza Monumental, el matador de toros Jesús Córdoba ha firmado tres corridas de toros, y se cree que la primera tarde en que actúe en la capital mejicana será el próximo domingo, día 8, alternando con Mendes.

PERU

EL CONTRATO DE MENDES

Según dicen, aún no se han confirma-

do las noticias de que estuviese contratado en firme para la temporada de toros del próximo marzo, en la Plaza de Lima, el matador de toros portugués Paco Mendes.

Hubo sus tanteos, pero condiciones definitivas no han sido presentadas al diestro, que tendrá, como es lógico, que decir la última palabra en este asunto..., sin olvidar la que corresponde al señor Badenes.

COLOMBIA

LA PLAZA DE PAMPLONA

Noticias de Bogotá afirman que el domingo 25 de diciembre se inauguró, como estaba anunciado, la nueva Plaza de Pamplona, ciudad colombiana en el departamento de Santander, con 25.000 habitantes y a 2.300 metros sobre el mar. La plaza (3.000 almas) se llenó hasta las banderas y hubo mucha animación. El colombiano José Pulido, el andaluz Vicente Vega, «Gitano», y Nito Ortega lucharon valerosamente con seis toros grandes y bien armados de Villavieja y que en general fueron broncos. La feria ha continuado a base de novilleros nacionales y mejicanos.

La verdad es que estos americanos hacen maravillas con la geografía. ¡Miren que poner Pamplona en la provincia de Santander...! ¿Qué dirá San Fermín?

VIDA TORERA



Martorell

MARTORELL REAPARECERA

Sus actividades como aericultor en el término de Andújar no llenan por completo la vida del que fué matador de toros cordobés José María Martorell, que ha decidido volver a los rúedos, y de su apoderamiento se encargará don Diego Martínez, actual empresario de Plazas de toros colombianas. lo cual hace suponer que sea en Colombia donde el cordobés se vuelva a vestir de luces.

PERALTA, A LA MAGDALENA

Le han sido ofrecidos importantes contratos al rejoneador Angel Peralta para actuar en Plazas americanas de Méjico, Perú, Colombia y Venezuela durante el actual invierno, pero el jinete de La Puebla ha rechazado estos contratos para tener más tiempo de preparar los caballos de su cuadra con vistas a la próxima temporada, que comenzará en la Plaza de toros de Castellón de la Plana en las fiestas de la Magdalena.

HOMENAJE A GABRIEL ROVIRA

Organizado por un numeroso

José María Martorell vuelve a los rúedos. Angel Peralta empieza en las corridas de la Magdalena. Peón detenido y multado por «prudente»



Peralta

grupo de aficionados se ha celebrado un homenaje al valiente novillero valenciano Gabriel Rora para festejar los muchos éxitos conseguidos por el diestro en la pasada temporada. El ágape, que consistió en una merienda, fué animadísimo, y a los postres, el señor Lores ofreció el agasajo, brindándose por que este año sea la consagración de Rovira, que tan merecedor es por su arte y valor a escalar uno de los primeros puestos de la novillería. Se recibieron muchas adhesiones de toreros, apoderados y amigos, y el diestro, visiblemente emocionado, dió las gracias, prometiendo superarse en sus actuaciones para complacer al público.

PEON PRECAVIDO

En la novillada que se celebró el pasado 26 de diciembre en Cartagena, el primer novillo cogió y volteó aparatosamente al bande-



El matador de novillos Marcos de Celis, en el momento de firmar ante el notario de Salamanca don José Ilundain Setuain, el compromiso de apoderamiento con el popular hombre de negocios taurinos don Florentino Díaz Flores (Foto Los Angeles)

riero Antonio Fernández Viñas, que fué curado en la enfermería de un fuerte varetazo.

Aseguró a los médicos que le asistían que padecía una dolencia grave que le impedía volver al ruedo, ya que la lesión de que fué curado no le impedía seguir la lidia.

Los médicos no le encontraron nada que curarle, y así se lo comunicaron a la presidencia, que dispuso la detención del banderillero, que quedó al fin en libertad después de haber pagado una multa.

TERTULIA EN PLASENCIA

En Plasencia sigue el aumento de la afición taurina, que ha hallado su punto de reunión en el nuevo bar El Burladero, de gran sabor toreril, cuyo local fué bendecido el 17 del pasado diciembre por la tarde. Enhorabuena a los distinguidos aficionados a la Fiesta.

PROXIMOS CARTELES

Barcelona inicia sus novilladas en febrero. «Chopera» prepara la corrida de Pascua en Bilbao. Pepe Belmonte, gerente de la Maestranza de Sevilla

BALANA EMPIEZA EN FEBRERO

En Barcelona, la empresa Balaña ha anunciado de un modo oficial que la temporada taurina barcelonesa de 1956 dará comienzo el próximo mes de febrero, en fecha todavía no decidida. Se anticipa que el primer festejo del año será una novillada a base de diestros de primera fila.

LA DE PASCUA EN BILBAO

Una novillada con picadores y ganado de una famosa vacada andaluza será la base del cartel de inauguración de la temporada taurina en Bilbao el domingo 1 de abril, Pascua de Resurrección. Hasta la corrida de la Libera-

ción, la empresa Chopera organizará varias novilladas más.

LA PLAZA DE LINARES

En Linares, los herederos de don Enrique Izquierdo han vendido la parte que les correspondía de la Plaza de toros de esta ciudad, en la cantidad de 560.000 pesetas, a don Bernardino Jiménez, el cual dispone ahora de la totalidad del coso taurino.

El señor Jiménez se propone emprender la realización de importantes obras en la Plaza de toros por un importe de unos dos millones de pesetas.

LA GERENCIA DE SEVILLA

Después de una reunión celebrada hace pocas horas por los

representantes de las familias Belmonte y Pagés, principales accionistas de la empresa de la Plaza de Sevilla, se acordó designar como gerente de la misma al ex matador de toros Pepe Belmonte.

LA FERIA DE VALDEMORILLO

Una de las primeras ferias taurinas castellanas que se celebran es la de Valdemorillo. En 1956, las fiestas son el 4 y el 5 de febrero, en honor del santo Patrón de aquel pueblo, San Blas.

En las citadas fechas se celebrarán novilladas, y se ha encargado de organizarlas el gran varilarguero, hoy momentáneamente apartado de los ruedos, Emilio Boltanés, apoderado del buen novillero Lorenzo García Castilla.



Balaña



Martínez Elizondo

ACTIVIDAD SINDICAL

Los matadores de toros estudian las relaciones taurinas con Méjico.—Los subalternos preparan la clasificación de cuadrillas

Estos días de invierno, tan poco aptos para los ruedos y para el campo, lo han dedicado los toreros a estudiar sus problemas sindicales.

En el Grupo Taurino del Sindicato Nacional del Espectáculo se reunieron los matadores con el resto de las representaciones de la Junta del Grupo para estudiar lo referente a los contratos pendientes de espadas españoles en Méjico, y acordar las gestiones que deben realizarse para, de una vez, solucionar estos casos particulares, que en realidad no han entorpecido el comienzo de la temporada de corridas de toros en la Plaza Monumental de la capital azteca.

En una nueva reunión se dará cuenta de las noticias que directamente remita la representación en Méjico acerca de este asunto y del estado actual del funcionamiento legal de las dos sociedades de matadores que en la capital mejicana existen.

Por su parte, los subalternos —como dijimos en un reportaje en nuestra edición anterior— han trabajado de firme en poner orden a las cosas laborales.

Planteados en la última reunión convocada por el Grupo Taurino del Sindicato varios problemas relacionados con sus actividades, éstos son estudiados en la actualidad en otras reuniones para presentar una ponencia donde se concreten todas las aspiraciones y mejoras posibles de banderilleros y picadores. Los subalternos nos presentarán también en breve la clasificación de categorías de matadores, novilleros y rejoneadores para la temporada de 1956.

La verdad es que han trabajado rápidamente, pese a las fiestas de Navidad y fin de año, los picadores y banderilleros encargados por el Sindicato de redactar esta clasificación de categorías para efectos de sueldos en cuadrillas de matadores, novilleros y rejoneadores.

Parece que se ha seguido un criterio lógico para agrupar a los maestros en las diferentes categorías, basado en el número de corridas que torearon en 1955 y en los precios que se supone cobraron por término medio. Luego, si algún espada quiere voluntariamente subir de categoría, puede solicitarlo; pero los subalternos han realizado su proyecto de clasificación con arreglo a bases económicas reales, puesto que no se trata de una clasificación artística —que éstas las hacen el público y el toro—, sino de escalas económicas a efectos de sueldos.

Si hubiera alguna contraproposición, el Ministerio de Trabajo la estudiaría para la definitiva clasificación oficial de matadores, novilleros y rejoneadores en el flamante año 1956.



El día 31 fué bautizado en la capilla de Santa Cistina el segundo de los hijos del banderillero Luis Iglesias. Acudieron a la ceremonia un gran número de amigos y compañeros del ishiletero. Al nuevo cristiano se le impusieron los nombres de José Luis (Foto Curro)

TOROS en TELEGRAMA

Festival en La Línea

En La Línea de la Concepción se ha celebrado un festival taurino a beneficio de la Real Balompédica Linense.

Buena entrada. Novillos de Esteban González, grandes y con poder.

José Pichardo, oreja; Manolo Zerpa, vuelta; Juanito Gálvez y Sergio Flores, petición de oreja; Miguel Mateo, Miguelín, orejas, rabo y salida a hombros.

Festival en Ubrique

En Ubrique, el día de Año Nuevo, se ha celebrado un festival taurino, lidiándose tres novillos de Fermín Bohórquez por el diestro Juan Antonio Romero. El sobresaliente Javier Martínez estuvo muy bien.

Clasificación de matadores de toros para el presente año

La Junta Clasificadora del grupo taurino del Sindicato del Espectáculo ha publicado la siguiente clasificación, para la temporada próxima, de los matadores de toros y novillos y rejoneadores.

MATADORES DE TOROS.—Grupo especial, para españoles: Antonio Bienvenida, Luis Miguel Dominguín, Rafael Ortega, Julio Aparicio, «Litró», Antonio Ordóñez, «Pedrés», «Jumillanos», «Chicuelo II» y «Antofietes».

Especial extranjeros: César Girón y Paco Mendes. Grupo primero, españoles: Manolo Vázquez, Dámaso Gómez, Victoriano Posada, Antonio Vázquez, José Ordóñez, Alfonso Merino y Carlos Corpas.

Primero, extranjeros: «Joselillo de Colombia».

Grupo segundo: Manuel Cascales, Mario Carrión, Juan Montero, Pablo Lozano, Jiménez Torres, José M. Recendo, «Calerito», Chacarte, «Parritas», Cayetano Ordóñez, Juan Posada, Joselito Torres, Humberto Valle, César Faraco, A. dos Santos y Manolo Zúñiga.

Grupo tercero: Isidro Marín, «Rayito», Miguel Ortas, «Nacional», Enrique Vera, Pimentel, «Morenito de Talavera Chico», Manolo Carmona y Juan Bienvenida.

MATADORES DE NOVILLOS.—Grupo primero: «Chamaco», Joaquín Bernadó, Marcos de Celis, Juan A. Romero, «El Turia», Gregorio Sánchez, Paco Corpas, Manolo Segura, Rafael Pedrosa, Mariscal, «Curro Puya», Jaime Ostos, «Chicuelo III», Victoriano Valencia, «El Pío», Montenegro y Tino.

Grupo segundo: En el grupo segundo, novilleros, figuran 54 novilleros que figuraron en la estadística del año anterior con menos de 25 novilladas y más de cinco.

REJONEADORES.—Grupo primero: Angel Peralta.

Grupo segundo: Bernardino Landete.

Grupo tercero: El resto de los rejoneadores en activo.

A LA AFICION TAURINA

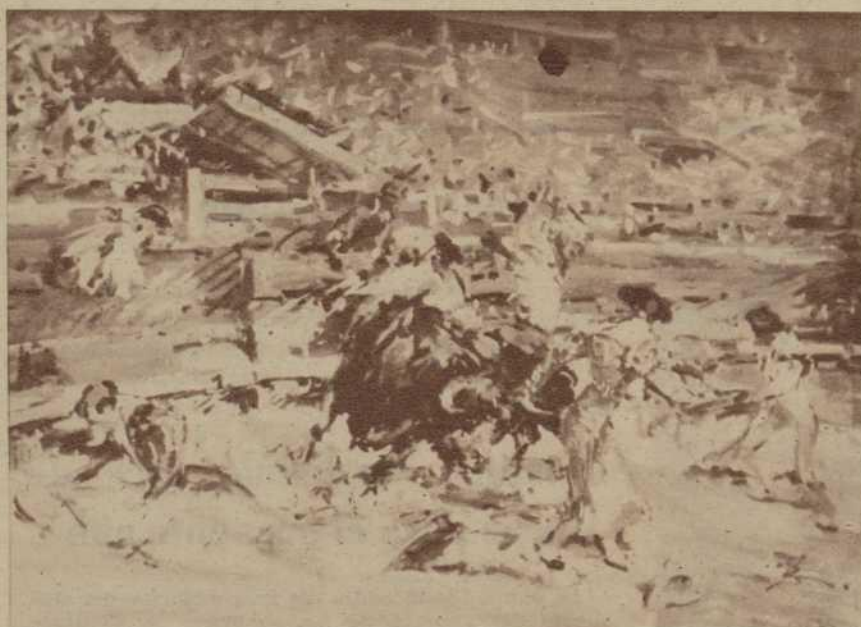
Ofrecemos el más completo FICHERO BIOGRAFICO TAURINO, en el que se recogen 106 biografías de las más destacadas figuras de la tauromaquia en todos los tiempos, con sus correspondientes fotografías en tamaño postal, por el competente crítico «Curro Meloja».

Adquiéralo o solicite su envío contra reembolso de 35 pesetas en

EDICIONES LARRISAL
Bravo Murillo, 29-MADRID



«Toros en la dehesa», pintura al guasch de González Marcos



«A cuerpo limpio», otra de las pinturas llena de gracia y movimiento de González Marcos

EN la Sala Minerva del Círculo de Bellas Artes, Ángel González Marcos, el afamado y notable pintor taurino, nos acaba de ofrecer una colorística y luminosa exposición de sus últimos treinta y siete cuadros, realizados al «guasch», modalidad muy al uso, de difícil ejecución, y en cuya técnica, dentro del impresionismo pictórico, es ya un maestro.

Si la crítica de su obra permitiera un comentario y unas sugerencias sobre todos y cada uno de los cuadros expuestos, con gusto, y hasta por imperiosa y justa obligación, la haríamos, si no lo impidieran las leyes naturales del espacio, porque cada cuadro de González Marcos, estando dentro de una misma línea del oficio y del procedimiento, requeriría un estudio, un análisis más o menos a fondo de ese bien expresar, sentir e interpretar la divina tarea del arte.

Vista en su conjunto, la exposición acusa una creciente y loable evolución, un perfeccionamiento en el ajuste del dibujo y en la manera de sentir el colorido. González Marcos pinta con gracia, con soltura, con una agilidad intuitiva por aquel extraordinario impulso que le hizo ser pintor sin un aprendizaje previo, por una acuciante inquietud de su temperamento autodidacta, y aunque su inclinación creadora se manifestó tardía —cuando ya el hombre había alcanzado los años medios de su vida—, podemos decir que si no nació pintando, nació para pintar y ser artista.

Con la paleta, los pinceles y colores en sus manos, no ha dado descanso al logro superativo de su obra, y cada una de sus exposiciones, frecuentes y numerosas, acusa no ya una evolución, sino el perfeccionamiento, la rectificación de los supuestos errores que a su juicio pudieran existir en su pintura. Los treinta y siete cuadros ofrecidos a la curiosidad y el interés del público delatan un conocimiento pleno del uso discreto y rápido de los pinceles, una sabia y atemperada distribución del y trazos en el dibujo, así como una sabia y atemperada distribución del color. ¿Qué tienen estas pinturas de

González Marcos? ¿Qué embrujo o qué «duendes» se ocultan en esas estampas coloreadas que se mueven y palpitan para el espectador? Diríamos que hay salero, copla y romance en esta atrayente pintura, que habla a los ojos y emociona delicadamente al corazón.

¿En dónde estudió González Marcos esa ciencia del *doma* y de la anécdota, que nos cuenta con tanta gracia con la muda pero expresiva lengua de los pinceles? Hay veces que nos parece que debe trabajar mientras alguien —alguna mujer, tal vez la musa inspiradora de su arte— le acompaña con palmas, si no hace repicar con alegre son de fandanguillo o soleares las castañuelas. Lo que quiere decir que la pintura de González Marcos tiene música de fondo, una castiza música que no por ser española debe sonar a españolada.

Ahi están sus cartones «Recargando», «1920. Suerte de varas», «El que manda», «A la media vuelta» —vistoso y original par de banderillas de fuego—, «Vicente Pastor», «Por faroles», «Encierro», «Se volvió un toro» y «Corriendo el búrel», que son la muestra más expresiva de su buena pintura, y, sobre todo, «Se suspendió la fiesta», que hace por sí solo la mejor apología del pintor. Este cuadro vale una exposición, y en verdad que al ver —con alegre sonrisa y sano optimismo— este conjunto de obras pensamos que vale la pena de enjuiciar una tarea creativa cuando esta alegría contagia y alivia la seriedad enfadosa de nuestra crítica.

Mi ilustre compañero, culto escritor de arte, José Prados López, secretario general de la Asociación de Pintores y Escultores, al trazar en el catálogo la semblanza del artista, se expresa así: «González Marcos domina el empeño de su afán con una retentiva maestra: juega con la dificultad con la misma gracia que un torero burla las embestidas de una fiera.» Así es en verdad.

¿Qué bien toreaba con la paleta y el pincel este artista!

MARIANO SANCHEZ
DE PALACIOS

EL ARTE Y LOS TOROS

Una exposición de González Marcos



«Un coleo», óleo del pintor taurino Ángel González Marcos

«Al quite», cuadro del artista González Marcos

CONSULTORIO TAURINO

A. C.—Carmona (Sevilla). El diestro Manuel González, «Rerre», recibió la alternativa en Córdoba, de manos de «Conejito», el 25 de septiembre de 1904, y la confirmó en Madrid de manos de «Bonarillo», el 29 de junio de 1907. En tales corridas se lidiaron toros de Nandín y de Clairac, respectivamente.

P. S.—Valencia. Que nosotros sepamos, no existe romance alguno dedicado al toro «Jaquetón». Lo que sí conocemos es una composición poética, en quintillas, de don Mariano del Todo y Herrero, publicada en *La Lidia* antigua, el año 1887, un mes después de haberse lidiado aquel famoso toro, trabajo que reproducimos a continuación:

*«La tarde clara y hermosa
de un día primaveral
convivía, bulliciosa,
a asistir a la famosa
fiesta hispano-nacional.*

*La madre tierra lucía
sus más espléndidas galas,
y el gran circo contenía
al público que acudía
a ver seis toros de Salas.*

*El clarín volvió a sonar,
volvieron a rechinar
las puertas de los chiqueros,
y asomó, en cuarto lugar,
un toro de los primeros.*

*Cárdeno el pelo y sedoso,
bien puesto, fino y nervioso,
los cuernos en proporción,
bravo, duro, codicioso,
y por nombre «Jaquetón».*

*Al salir pausadamente,
giró la mirada ardiente
por el ancho redondel,
y se abalanzó a la gente
como a la caza el lebel.
Ni a contener su pujanza
ni a resistir su fiereza
el arte sereno alcanza
ni el caballo ni la lanza,
que es un ciclón su cabeza.*

*Como arrolla el huracán
al objeto más sencillo,
lo mismo a su impulso van
el peón y el alazán
por el espacioso anillo.*

*Tan ruda es la acometida,
tal la furia de la res,
que deja en cada embestida
la tierra en sangre teñida
y un cadáver a sus pies.*

*Y su indomable denuedo
siembra a punto de tal suerte
la consternación y el miedo,
que en el arenoso ruedo
se confunden vida y muerte.*

*Hasta que el toro, asombrado,
ante su propia bravura,
y ciego, desesperado,
frenético, es atacado
del vértigo y la locura,
quedando en tal situación,
que nadie da explicación
satisfactoria del hecho;
la cabeza sobre el pecho
y en horrible convulsión.*

*Absorta la plaza entera
ve cómo al dolor la fiera
su altiva cerviz humilla,
e impide que la cuadrilla
se aproxime tan siquiera
a «Jaquetón», que abatido,
descoyuntado, rendido,
loco de rabia y de pena,*

*cae al fin sobre la arena
muerto, sí, mas no vencido.*

*Al arrastrar los despojos
de tan soberbio animal,
con cariño hacia el corral
le siguen todos los ojos,
y un aplauso general
resuena en la inmensa plaza,
como tributo elocuente
al toro hermoso y valiente,
de su fina y noble raza,
ejemplar sobresaliente.»*

En cuanto al significado de *Jaquetón*, igual puede ser aumentativo de *jaqueta*, que quiere decir *chaqueta*, y en cuyo caso sería *chaquetón*, como *fanfarrón* o *perdonavidas*, que en este caso creemos el más apropiado.

Suponemos sabrá usted que dicho toro, de don Agustín Solís, ganadería que antes había pertenecido al marqués viudo de Salas, se lidió en Madrid el 24 de abril de dicho año 1887.

B. H.—Granada. Joselito «el Gallo» toreó como único espada en esa ciudad con fecha 29 de abril de 1917, al estoquear seis toros de la viuda de don Felipe Salas, que resultaron buenos en conjunto, excepto el sexto, que fué mansote. El referido diestro estuvo superiorísimo toreando de capa, en los quites y pasando de muleta, y aún habría adquirido su labor mayor relieve de no haber deslucido la lluvia la lidia de los tres últimos toros. Banderilleó colosalmente al cuarto y al quinto, siendo aclamado; con el estoque estuvo breve y buenísimo; cortó dos orejas (entonces no se prodigaban estas concesiones como ahora) y despachó la corrida en hora y media.

J. P.—Badajoz. Mire usted, gracias a la intervención de la mano derecha ha llegado a ser la faena de muleta el momento culminante de la lidia, cosa que ignoran los «doctos», porque no saben, naturalmente, que en los «tiempos clásicos» que evocan, cuando los tratadistas pros-

cribían la mano derecha, la muleta solamente servía para «cuadrar» al toro, hasta el punto de que el famoso y legendario señor Manuel Domínguez entró a matar una vez sin dar un pase siquiera,



UN DESPISTADO

Toreaba una tarde «Lagartijo» el Grande en la Plaza de Madrid y, por uno de esos compromisos que se contraen a instancia de tercera persona, hubo de brindar la muerte de un toro a cierto personaje de muchas campanillas, quien, después de la faena, cuando fué a saludarle Rafael, echó a éste una petaca de rica piel con adornos de oro.

La tomó después uno de sus peones, y luego de mirarla por dentro y por fuera, dijo al matador: —Oiga, Rafael, esto será mu güeno, pero no güele.

—Pero pedaso de atún —le replicó «Lagartijo».— ¿tú crees que una petaca es una rosa de mayo?

porque el toro estaba cuadrado, y al censurarle alguien, replicó:

[—Los pases se dan para que el toro cuadre; si yo lo tenía cuadrado, ¿para qué había de pasarle?

¿Se resignaría la afición de hoy a renunciar a una faena de muleta, aunque se tratara de un modesto matador?

Y es más: ¿aceptaría una sucesión de pases naturales y de pecho continuados, por toda labor muleteril, solamente con la mano izquierda, con un toro bravo y noble?

Contéstese a sí mismo y piense en ello cuando los «clásicos» y los «puristas» traten de convencerle de que la mano izquierda es la única admisible.

A. M. P.—San Sebastián. Para informarle de cuanto solicita en su carta, habríamos de extendernos mucho, y ni así daríamos cumplida satisfacción a sus deseos; pero le recomendamos que adquiera el libro *La vida privada del toro*, del que es autor nuestro ilustre colaborador don Luis Fernández Salcedo, obra curiosísima y única en su género, al menos en lo atinente a ciertas particularidades, tratadas todas ellas con una amenidad que no es corriente en los libros que de tal materia se ocupan. Para los «toristas», sobre todo, tiene un valor inapreciable.

B. V.—Manresa (Barcelona). La plaza de toros de la ciudad de Vich fué inaugurada con tres corridas de novillos que se celebraron en los días 6, 8 y 15 de julio del año 1917, por el siguiente orden:

En la primera novillada se corrieron seis astados navarros de don Cándido Díaz, que fueron estoqueados por Enrique Rodríguez, «Manolete II», y José García Santiago.

En la segunda, Manuel Soler, «Vaquerito», y Daniel Company, «Mestizo», dieron pasaporte a seis bichos salamanquinos de don Manuel Díaz.

Y en la tercera, el citado «Manolete II», como único espada, se las entendió con seis reses de Arribas, de El Escorial.

Dicha plaza tiene una capacidad de 4.500 espectadores.

J. G.—Lérida. Recibe el nombre de *abanto* el toro que por medroso se huye y se echa fuera de todas las suertes. Si acomete, suele vaciarse por cualquier lado antes de que pueda rematarse la suerte; y otras veces, acobardado, se para delante del engaño, bufa y sale fuera sin hacer por él. «Pepe-Illó» dió también a esta clase de toros el nombre de «temerosos».

Así suelen salir bastantes toros del chiquero, y luego, merced a algunos capotazos dados con oportunidad o por haberlos tomado bien en suerte los picadores y castigado con acierto, suelen crecerse, dejan de correr y embisten a pedir de boca.

A. M.—Benavente (Zamora). El toro «tan estu-pendo» de don Angel Rivas, lidiado en esa plaza, corresponde a una corrida que se dió con fecha 8 de septiembre del año 1916.

Actuaron en tal corrida como matadores «Mazantinito» y «Torquito»; el toro en cuestión se lidió en tercer lugar; tenía por nombre «Gayolero» y era negro zaino y ostentaba el número 15.

En franca pelea y acudiendo a los caballos apenas los veía, tomó once varas, recargando y derribando en todas, y dejó muertos en la arena cinco semovientes. Además fué picado (mediante permiso del ganadero) con puyas que tenían cinco líneas más de las ordinarias.

Con idéntica bravura hizo la pelea en los otros tercios.

Por cierto que aquella corrida fué la última que toreó el citado «Mazantinito», el cual venía arras-trando una enfermedad consuntiva, y víctima de ella falleció dos meses después, el 12 de noviembre.

ESTAMPAS TAURINAS



Quiebro de rodillas

(Grabado de «La Lidia».)